

## DISCURSO RACIAL E IDENTIDAD NACIONAL EN LA REPUBLICA DOMINICANA

Pedro L. San Miguel\*

\*La versión original de este ensayo fue presentada en la conferencia "Integración del Negro a la Cultura de América", celebrada en la Universidad Interamericana de San Germán, en noviembre de 1990. Posteriormente, en mayo de 1991, realicé una ponencia, de una sección del trabajo, en la XVI Conferencia de la Asociación de Estudios del Caribe, celebrada en La Habana. En dicho momento, recibí una serie de reacciones de varios colegas, entre ellos: Pedro Pablo Rodríguez y Ramón de Armas, del Centro de Estudios Martianos; Jorge Ibarra y Teresita Yglesia Martínez, del Instituto de Historia de Cuba; y Emilio Cordero Michel, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo. Mis gracias a todos ellos -al igual que a Silvia Alvarez Curbelo, Wenceslao Serra Deliz, Raymundo González y a los editores de Op. Cit.- por sus comentarios y sugerencias.

PEDRO SAN MIGUEL se desempeña como Catedrático Asociado del Departamento de Historia en el Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico. Es autor del libro *El mundo que creó el azúcar: las haciendas en Vega Baja, 1800-1873*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1989; y tiene listo para publicarse "Los campesinos del Cibao: economía de mercado y transformación agraria en la República Dominicana, 1880-1960". Además, cuenta con los siguientes artículos: "El Estado y el campesinado en la República Dominicana: el valle del Cibao, 1900-1960", *Historia y Sociedad*, año IV, 1991; "Campesinado y agricultura comercial en el valle del Cibao, 1900-1960, *Estudios Sociales*, Santo Domingo, año XXII, núm. 75, 1989; "La economía de plantación y la formación de la clase de hacendados en Vega Baja: 1820-1873", *Revista/Review Interamericana*, vol. XVIII, nos. 1-2, 1988.

## De la identidad en el Caribe

El problema de la identidad, desde los criollos dieciochescos a los escritores contemporáneos, ha torturado incesantemente a la intelectualidad caribeña. La compleja evolución histórica de la región -moldeada por su particular inserción en la economía atlántica y el colonialismo- ha dificultado el surgimiento de consensos en torno a la identidad. La multiplicidad de centros metropolitanos; una economía orientada hacia afuera, usualmente dominada por la plantación y por la esclavitud; una humanidad de nuevo cuño, formada por migrantes de todas las latitudes, para quienes el origen nacional y étnico, amén del criterio económico, constituían elementos de jerarquización social, son algunos de los factores que han marcado la discursiva en torno a la identidad.<sup>1</sup>

Para algunos, los lazos con las metrópolis -vínculos económicos, políticos y culturales- eran el referente de la identidad; para otros, posiblemente los más pero también los menos poderosos, la identidad se definía en otras direcciones. Frente a las masas de esclavos, eje humano de las economías de la región, las élites locales, compuestas por extranjeros y criollos, pretendieron distinguirse a sí mismas de aquellas por su ascendencia. El color, además de la posición en la estructura productiva, vino a definir no sólo la condición social sino, además, la identidad étnico-cultural. Ante el "otro" -generalmente africano, esclavo y negro- el hacendado, el comerciante y el burócrata afirmaron su blancura (pretendida muchas veces) y su raigambre europea.

---

<sup>1</sup> Ver: Gordon K. Lewis, *Main Currents in Caribbean Thought: The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987. Para recuentos sobre la historia de la región que resaltan la influencia de la esclavitud: Eric Williams, *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean, 1492-1969*. New York, Harper & Row, 1973; y Franklin W. Knight, *The Caribbean: The Genesis of a Fragmented Nationalism*. New York, Oxford University Press, 1980.

Eventualmente, los descendientes de los esclavos habrían de sufrir transformaciones demográficas, culturales y sociales. Aunque inicialmente los esclavos eran de origen africano (los llamados bozales), con el tiempo surgieron bolsillos, cada vez mayores, de esclavos criollos. Más aún, muchos de los descendientes de los esclavos importados a las Américas se convirtieron en hombres y mujeres libres. En segundo lugar, las relaciones sexuales entre blancos y negros -usualmente extramaritales y, en muchas ocasiones, reflejo de la relación de superioridad del hombre blanco frente a la mujer negra- tuvieron como resultado el aumento del mestizaje. El mestizaje fue, sin embargo, un proceso sumamente complejo que implicó mucho más que la "mezcla de razas".<sup>2</sup> En efecto, el mestizaje racial vino acompañado, con desiguales niveles de intensidad, del mestizaje cultural. El resultado fue, en síntesis, unas comunidades afro-americanas más complejas que las propuestas homogeneizantes de los sectores dominantes: la identidad negro=esclavo=africano se debilitó. Los acomodados y las resistencias fueron generando un mundo afro-americano fluido, ajeno a las dicotomías absolutas. A este proceso contribuyeron los variados ritmos de la economía, del tráfico de esclavos y de los cambios demográficos; no menos importantes fueron la interacción entre los diversos grupos sociales, las políticas metropolitanas, las resistencias de los esclavos, al igual que los intercambios y las adaptaciones culturales.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Sobre el mestizaje, ver: Magnus Morner, *Race Mixture in the History of Latin America*. Boston, Little, Brown and Company, 1967; Nicolás Sánchez-Albornoz, *The Population of Latin America: A History*. Berkeley, University of California Press, 1974, especialmente pp. 86-145. Para el Caribe en particular: H. Hoetink, *Caribbean Race Relations: A Study of Two Variants*. Oxford, Oxford University Press, 1971; y su replanteamiento del tema en "Race and Color in the Caribbean", en: Sidney W. Mintz y Sally Price (eds.), *Caribbean Contours*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985, pp. 55-84.

<sup>3</sup> Roger Bastide, *Las Américas negras: las civilizaciones africanas en el Nuevo Mundo*. Madrid, Alianza Editorial, 1969; Manuel Moreno Fraginals (ed.), *Africa en América Latina*. México, Siglo XXI y UNESCO, 1977; Jean Casimir, *La cultura oprimida*. México, Editorial

El caso es que los sectores económica y culturalmente hegemónicos tuvieron que enfrentarse a una realidad contundente: los negros y mulatos de las sociedades caribeñas ya no eran meramente esclavos; tampoco eran exclusivamente africanos. Inclusive muchos reclamaban un "espacio" mayor en las sociedades esclavistas. Los libertos, por ejemplo, pugnaban por adquirir propiedades, por participar en el comercio, y por ampliar sus horizontes sociales, culturales y políticos.<sup>4</sup> Por su parte, los esclavos trataron, los más, de ajustarse al sistema, buscando atemperar los rigores de los regímenes esclavistas. A través de su participación en el mercado interno, del cultivo de pequeños predios de terreno, de su inserción en la vida urbana, del arranque de pequeñas pero significativas concesiones a los amos, de la manipulación de los conflictos entre propietarios y autoridades, y del desarrollo de una vida de relación con cierto grado de autonomía, los esclavos intentaron -si no destruir- al menos de alterar los términos de la explotación.<sup>5</sup> Otros, los menos, lucharon por

Nueva Imagen, 1981; y Herbert S. Klein, *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*. Madrid, Alianza Editorial, 1986, pp. 107-54. Para el caso dominicano en particular, ver el sugerente ensayo de Roberto Cassá y Genaro Rodríguez, "Algunos procesos formativos de la identidad nacional dominicana", *Estudios Sociales*, año XXV, núm. 88, 1992, pp. 67-98.

<sup>4</sup> Hay pocos estudios sobre los negros y mulatos libres, entre otros: David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave nor Free: The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1972; Jerome Handler, *The Unappropriated People: Freedmen in the Slave Society of Barbados*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1974; y Edward L. Cox, *Free Coloreds in the Slave Societies of St. Kitts and Grenada, 1763-1833*. Knoxville, University of Tennessee Press, 1984. De acuerdo a Barbara Bush, la creciente criollización de los afro-caribeños conllevó una transformación en su noción de la libertad (*Slave Women in Caribbean Society, 1650-1838*. Kingston/Bloomington/Londres, Heinemann Publishers/Indiana University Press/James Curry, 1990, p. 79).

<sup>5</sup> Klein, *op. cit.*, pp. 107-20; Hilary McD. Beckles, "Slaves and the Internal Market Economy of Barbados: A Perspective on Non-Violent

escapar del sistema a través de la fuga, la rebelión y el cimarronaje.<sup>6</sup> En coyunturas muy particulares, cuando las solidaridades entre los grupos dominantes se debilitaron, o cuando las relaciones entre el Estado colonial y los sectores hegemónicos se quebraron, los esclavos contribuyeron masivamente a destruir el sistema o, al menos, a acelerar su caída. La lucha épica de los esclavos en Haití ilustra lo primero; la menos conspicua -pero igualmente tenaz- en Brasil y Cuba demuestra lo segundo.<sup>7</sup>

---

Resistance", *Historia y Sociedad*, año II, 1989, pp. 9-30; y *Natural Rebels: A Social History of Enslaved Black Women in Barbados*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1989. Para una discusión más abarcadora de los mecanismos y las implicaciones de la adaptación de los esclavos, ver: Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made*. New York, Vintage Books, 1976; John W. Blassingame, *The Slave Community: Plantation Life in the Antebellum South*. Ed. revisada y aumentada, New York, Oxford University Press, 1979; y Charles Joyner, *Down by the Riverside: A South Carolina Slave Community*. Urbana y Chicago, University of Illinois Press, 1984.

<sup>6</sup> Klein, *op. cit.*, pp. 121-37; Richard Price (ed.), *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*. Garden City, NY, Anchor Books, 1973; Eugene D. Genovese, *From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the New World*. New York, Vintage Books, 1981; Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes: conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795-1873)*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982; Benjamín Nistal Moret (ed.), *Esclavos prófugos y cimarrones: Puerto Rico, 1770-1870*. Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1984; Miguel Barnet, *Biografía de un cimarrón*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1979; Gabino La Rosa Corzo, *Los cimarrones de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988; Carlos Esteban Deive, *Los guerrilleros negros: esclavos fugitivos y cimarrones en Santo Domingo*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989; Richard Hart, *Esclavos que abolieron la esclavitud*. La Habana, Casa de las Américas, 1984; y Mavis C. Campbell, *The Maroons of Jamaica, 1655-1796: A History of Resistance, Collaboration & Betrayal*. Trenton, NJ, Africa World Press, 1990.

<sup>7</sup> C.L.R. James, *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*. 2da. ed. revisada, New York, Vintage Books,

A través de procesos sinuosos y contradictorios, los afro-americanos dejaron de padecer la "alienación natal" impuesta originalmente por el sistema esclavista-es decir, su total carencia de vínculos familiares y sociales, y su desarraigo de una herencia cultural autónoma.<sup>8</sup> Entonces pudieron reclamar con mayor legitimidad (desde la óptica de la cultura dominante) derechos y espacios que tradicionalmente les habían sido negados. Habría que determinar los momentos y las coyunturas específicas en que ocurre esta transición; seguramente cada sociedad tuvo su ritmo particular. Lo que necesita destacarse es que en las sociedades antillanas, en diversos contextos históricos, amplios sectores de afro-caribeños no se ajustaban al modelo de dominación económica y culturalmente imperante (negro=esclavo=africano). Para los grupos interesados en reconceptualizar las emergentes sociedades criollas -a veces con miras a redefinir el "pacto colonial", en busca de mayor autonomía, o con el fin de lograr una ruptura con la metrópoli- esta realidad presentaba un dilema formidable. Repensar las sociedades criollas conllevaba, entonces, una nueva articulación ideológico-discursiva en torno a la metrópoli y a las demás tradiciones étnico-culturales que las habían conformado, y cuya existencia no podían ya eludir.

Las respuestas fueron variadas. José Antonio Saco, empeñado en afirmar la cubanidad, vió en la presencia negra una amenaza a su proyecto. De ahí se desprendió una temprana postura anti-esclavista que, por serlo, no era menos conservadora. Para él, como para muchos otros, la cubanidad era incompatible con "lo negro".<sup>9</sup> Otros, generalmente

---

1963; Robert Conrad, *The Destruction of Brazilian Slavery, 1850-1888*. Berkeley, University of California Press, 1972; y Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton, Princeton University Press, 1985.

<sup>8</sup> El término *natal alienation* es usado por Orlando Patterson en *Slavery and Social Death: A Comparative Study*. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1982, pp. 5-10.

<sup>9</sup> Lewis, *op.cit.*, pp. 149-54; José A. Saco, *Historia de la esclavitud*. Ed. condensada, Buenos Aires, Editorial Andina, 1965; Mildred de la

burócratas coloniales, vieron en la esclavitud y en el tráfico de esclavos una amenaza, al menos a largo plazo, al sistema colonial. En Puerto Rico, por ejemplo, Pedro Irizarri, alcalde ordinario de San Juan a principios del siglo XIX, manifestó su preferencia por el trabajo libre frente al esclavo. Y esta postura -que una lectura desprevenida supondría basada en el abolicionismo- se originaba en su evidente temor ante una "solución haitiana" a las contradicciones generadas por la esclavitud.<sup>10</sup> La posición de Irizarri, dicho sea de paso, fue compartida por algunos de los altos jerarcas del Estado colonial. En la década de 1840, el gobernador Juan de la Pezuela tomó medidas conducentes a erradicar el comercio de esclavos. Su fin era, por supuesto, de corte colonialista: garantizar el dominio español sobre la isla, conjurando el doble peligro del "fantasma haitiano" y de una posible invasión inglesa.<sup>11</sup> En contraposición

---

Torre, "Las ideas sobre la esclavitud (1790-1878)", en Instituto de Ciencias Históricas, *La esclavitud en Cuba*. La Habana, Editorial Academia, 1986, pp. 42-58; e *ibid.*, "Posiciones y actitudes en torno a la esclavitud en Cuba, 1790-1830", en Colectivo de autores, *Temas acerca de la esclavitud*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1988, pp. 71-95. Ver también la influyente obra de Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*. Barcelona, Crítica, 1976.

<sup>10</sup> "Informe de Don Pedro Irizarri, Alcalde ordinario de San Juan, sobre las instrucciones que debían darse a Don Ramón Power, Diputado por Puerto Rico ante las Cortes españolas..., 1809", en Eugenio Fernández Méndez (ed.), *Crónicas de Puerto Rico: desde la conquista hasta nuestros días (1493-1955)*. 2da. ed., Río Piedras, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1969, pp. 352-56. Para un perceptivo análisis de la coyuntura en la que se produce este "Informe" y de la visión de los diversos sectores de la élite colonial sobre el problema de la mano de obra, ver: Arturo Morales Carrión, "La Revolución Haitiana y el movimiento antiesclavista en Puerto Rico", en Blanca G. Silvestrini (ed.), *Politics, Society and Culture in the Caribbean*. San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1983, pp. 203-20.

<sup>11</sup> Ver: Alberto Cibes Viadé, *El gobernador Pezuela y el abolicionismo puertorriqueño (1848-1873)*. Río Piedras, Editorial Edil, s.f.; y Arturo Morales Carrión, *Auge y decadencia de la trata negrera en*

a los casos mencionados, hubo criollos -aunque no fueron los más representativos- que abogaron por la incorporación de los negros y mulatos a sus proyectos de reforma social y, en ocasiones, de afirmación nacional: en el "largo siglo XIX", los ejemplos van de Toussaint L'Ouverture a José Martí.<sup>12</sup>

### **Sobre la identidad dominicana y el "otro" haitiano**

La República Dominicana presenta una situación muy peculiar con relación al problema de la identidad y al discurso étnico-racial. En la isla Española surgieron dos colonias: una posesión española y una francesa. Esto daría pie al desarrollo, en la República Dominicana, de un discurso nacional de oposición a Haití. No es este el lugar de narrar una historia muy larga y compleja. Lo cierto es que desde los inicios de su penetración en la isla -en el siglo XVII- las relaciones de los franceses con los colonos españoles estuvieron marcadas tanto por el conflicto como por el intercambio comercial más o menos pacífico. Incapaz de evitar la participación de los colonos españoles y criollos en el comercio ilegal, la corona optó por el desdoblamiento de las costas norte y occidental de la isla. Estos desalojos -ocurridos en 1605-1606 y conocidos como las Devastaciones- tuvieron, sin embargo, efectos contraproducentes, ya que abrieron las puertas a la ocupación territorial francesa.<sup>13</sup> A partir de entonces, la relación con los

---

*Puerto Rico (1820-1860)*. San Juan, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe e Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1978.

<sup>12</sup> Lewis, *op. cit.*, especialmente pp. 171-320.

<sup>13</sup> Sobre el contexto histórico de las Devastaciones: Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana*. Santo Domingo, Punto y Aparte, 1983, 2 vols., I, pp. 93-112; Frank Moya Pons, *Historia colonial de Santo Domingo*. Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1974, pp. 109-226; Juan Bosch, *Composición social dominicana: historia e interpretación*. 30ma ed., Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983, pp. 43-62; *ibid.*, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro: el Caribe, frontera imperial*. 5ta. ed., Santo Domingo, Alfa y Omega, 1986, pp. 183-237; Frank Peña Pérez, *Antonio Osorio: monopolio*,

franceses, al menos oficialmente, estaría dominada por los intentos de detener su avance hacia el interior de la isla. Con todo, los franceses lograron ocupar la sección occidental de La Española, donde se desarrollaría una de las más lucrativas posesiones coloniales durante el siglo XVIII.

Así, para mediados de dicho siglo coexistían en la isla dos sociedades coloniales, cada una con sus particularidades económicas, sociales, culturales y políticas. La posesión francesa de *Saint Domingue* (que por conveniencia llamaré Haití) contaba con una economía de plantación sumamente desarrollada. Socialmente hablando, la colonia tenía una estructura altamente estratificada, en la que una minoría blanca de origen francés dominaba una ingente masa de esclavos (que según algunos autores sobrepasaba los 400,000).<sup>14</sup> Santo Domingo, por su parte, carecía de un fuerte sector de plantación. Su economía dependía básicamente de la producción campesina y de la ganadería del hato. A pesar de las divisiones existentes, la estructura social de la parte española, producto de la misma mediocridad de su sector exportador, carecía de la rigidez observada en la colonia francesa.<sup>15</sup> Por ejemplo, debido a la pobre comercialización de la economía dominicana, muchos esclavos lograron desarrollar lo que Sidney Mintz ha denominado "adaptaciones campesinas", que comprendían actividades más o menos autónomas; lo mismo se puede decir de la ganadería del hato, base de la colonia española en ese momento.<sup>16</sup>

*contrabando y despoblación*. Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1980; *Cien años de miseria en Santo Domingo: 1600-1700*. Santo Domingo, Editorial CENAPEC, s.f.

<sup>14</sup> James, *op. cit.*; y Casimir, *op. cit.*

<sup>15</sup> Cassá, *op. cit.*, I, pp. 113-37; Moya Pons, *op. cit.*, I, pp. 113-37; y Carlos Esteban Deive, *La esclavitud del negro en Santo Domingo (1492-1844)*. Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1980, 2 vols.

<sup>16</sup> Sidney W. Mintz, *Caribbean Transformations*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1984, pp. 131-56; Pedro L. San Miguel, "The Making of a Peasantry: Dominican Agrarian History from the 16th to the 20th Century", *Punto y Coma: Revista Interdisciplinaria de la*

Nuevos procesos históricos contribuirían a reconfigurar las relaciones entre las dos colonias que compartían La Española. La revolución de los esclavos en la parte francesa, el surgimiento de la República de Haití (1804), la eventual ocupación de Santo Domingo por los haitianos (1822-1844), la secuela de intentos de invasión y conflictos entre los dos países entre 1844 y 1860, las discrepancias fronterizas, y las corrientes migratorias de Haití a la República Dominicana durante el presente siglo han marcado el discurso criollista y nacional en este último país. A la matriz racista del discurso dominante, de origen colonial,<sup>17</sup> habría de añadirse el anti-haitianismo. Es decir, lo dominicano pasó a definirse frente a lo haitiano. Esta dicotomía se estableció en prácticamente todos los niveles de la sociedad: al vodú haitiano se opuso el catolicismo; ante el *créole* hablado en la parte occidental, se levantó el idioma español de la parte oriental; a la negrura haitiana se opuso el mulatismo y la blancura dominicana. Más aún, la cultura y la sociedad haitiana fueron vistas básicamente como una extensión de Africa, mientras para Santo Domingo se reclamaba un castizo origen español. En fin, la ideología en torno a lo nacional dominicano ha gravitado marcadamente en torno a una "otredad": lo haitiano.<sup>18</sup>

Este discurso, racista y anti-haitiano, alcanzaría su máxima expresión ideológica y política bajo la prolongada dictadura de

---

*Universidad del Sagrado Corazón*, vol. II, nos. 1-2, 1990, pp. 143-62; y Rubén Silié, *Economía, esclavitud y población*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1976.

<sup>17</sup> Hugo Tolentino, *Raza e historia en Santo Domingo*. Tomo I: *Los orígenes del prejuicio racial en América*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1974; y Franklin J. Franco, *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*. 5ta. ed., Santo Domingo, Editora Nacional, 1977.

<sup>18</sup> Sobre el concepto del "otro": Tzvetan Todorov, *La conquista de América: la cuestión del otro*. México, Siglo XXI, 1987; Edward W. Said, *Orientalism*. New York, Vintage Books, 1979; y Peter Hulme, *Colonial Encounters: Europeans and the Native Caribbean, 1492-1797*. London y New York, Methuen, 1986.

Rafael L. Trujillo (1930-61).<sup>19</sup> En sus expresiones más crudas, el discurso anti-haitiano presenta una lucha por el espacio geográfico entre dos entidades nacionales absolutamente incompatibles. Esta visión, patente en diversos autores, sería particularmente elaborada por dos destacadas figuras de la vida política e intelectual dominicana: Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer.<sup>20</sup> Sin embargo, como toda construcción ideológica, el discurso en torno a Haití no ha sido uniforme; del siglo XVIII al presente se observan variaciones en el tema. Las diversas percepciones sobre lo haitiano han sido permeadas por la existencia de unas diferencias culturales y sociales muy reales, y por las relaciones fluctuantes entre los dos países. Sin

---

<sup>19</sup> Para análisis más detallados, ver: Franklin J. Franco, "Antihaitianismo e ideología del Trujillato", en Gérard Pierre-Charles, *et. al.*, *Problemas dominico-haitianos y del Caribe*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1973, pp. 83-109; Hugo Tolentino, "El fenómeno racial en Haití y en la República Dominicana", en *Problemas dominico-haitianos*, pp. 111-44; Lil Despradel, "Las etapas del antihaitianismo en la República Dominicana: el papel de los historiadores", en Gérard Pierre-Charles (ed.), *Política y sociología en Haití y la República Dominicana*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1974, pp. 83-108; Pablo Mariñez, *Relaciones dominico-haitianas y raíces histórico culturales africanas en la República Dominicana: bibliografía básica*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Alfa y Omega, 1986; Roberto Cassá, *et. al.*, *Actualidad y perspectiva de la cuestión nacional en la República Dominicana*. Santo Domingo, 1986; Meindert Fennema y Troetje Loewenthal, *La construcción de raza y nación en República Dominicana*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1987; y Agapito Bautista Betances, "El racismo integrante del antihaitianismo dominicano", *Estudios Sociales*, vol. XVIII, núm. 59, 1985, pp. 61-76.

<sup>20</sup> Manuel Arturo Peña Batlle, *Ensayos históricos*. Santo Domingo, Taller, 1989; y Joaquín Balaguer, *La isla al revés: Haití y el destino dominicano*. 5ta. ed., Santo Domingo, Editora Corripio, 1989. Para una breve evaluación de las funciones de estos autores en el régimen trujillista, sobre todo de su papel como intelectuales, ver: José Alcántara Almanzar, *Los escritores dominicanos y la cultura*. Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1990, pp. 183-97.

embargo, los prejuicios y los proyectos políticos de los grupos dirigentes también han contribuido a moldear las visiones dominicanas sobre Haití. Así, destacar esas variaciones, a partir del siglo XVIII, puede ayudar a esclarecer los elementos constitutivos del discurso anti-haitiano.<sup>21</sup> Este es un elemento esencial para identificar las diversas etapas o fases en la construcción de un discurso nacional en la República Dominicana.

### La utopía esclavista

Para el siglo XVIII, una de las visiones más precisas sobre lo que representaba Haití para la población dominicana -o al menos para su élite- se encuentra en la obra de Antonio Sánchez Valverde *Idea del valor de la Isla Española y utilidades que de ella puede sacar su monarquía*, publicada originalmente en Madrid, en 1785. La obra de Sánchez Valverde es un largo memorial dirigido a las autoridades españolas con el fin de atraer su atención sobre el potencial económico de la colonia.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> Los trabajos citados en las notas 17 y 19 constituyen aportes en la dilucidación de este asunto. Además, las obras de Deive, *Esclavitud del negro*; Silié, *Economía, esclavitud y población*; y Carlos Larrazábal Blanco, *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*. Santo Domingo, Julio D. Postigo e hijo Editores, 1975, han contribuido a replantear el tema de la presencia negra durante el periodo colonial. Otras obras intentan evaluar la presencia afro-dominicana en épocas más recientes, entre ellas: Carlos Esteban Deive, "La herencia africana en la cultura dominicana actual", en Bernardo Vega *et.al.*, *Ensayos sobre cultura dominicana*. 2da. ed., Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano y Fundación Cultural Dominicana, 1988, pp. 105-41; *ibid.*, *Vodú y magia en Santo Domingo*, 2da. ed., Santo Domingo, fundación Cultural Dominicana, 1988; y Fradique Lizardo, *Cultura africana en Santo Domingo*. Santo Domingo, Taller, 1979.

<sup>22</sup> Antonio Sánchez Valverde, *Idea del valor de la isla Española....* Ed. anotada por Emilio Rodríguez Demorizi y Fray Cipriano de Utrera, Santo Domingo, Editora Nacional, 1971. Esta obra es afín a otros textos coloniales del siglo XVIII. Ver, entre otros: Fray Iñigo Abbad y Lasierra, *Historia geográfica, civil y natural de la isla de San Juan*

A tales fines, contrasta la decadencia de Santo Domingo con la expansión económica que, en el siglo XVIII, vivía Haití, su contraparte francesa. Al respecto, destaca las fabulosas riquezas "que produce aquella menor e inferior porción de terreno que ocupa la *Colonia Francesa*".<sup>23</sup> Luego de indicar el monto de los ingresos del Estado francés, del volumen del comercio de Haití y de la producción agrícola de la colonia, señala, no sin un dejo de tristeza:

De todo lo qual [se] concluye que la Nación *Francesa*, sin exageración alguna, se utiliza más de sus Colonias en aquella *Isla*, que la nuestra [España] de todo el *Continente*.<sup>24</sup>

¿Qué factores, según este autor, habían contribuido a desarrollar ese emporio de riqueza en la porción francesa de La Española? Su contestación es categórica: la "principalísima causa" de tal diferencia son "los *Negros*, cuyos brazos son los primeros motivos de tantas producciones".<sup>25</sup> Esta constituía -empleando la gráfica metáfora de Sánchez Valverde- la "llave" que permitía extraer el "tesoro escondido en las entrañas de la tierra". Los "Colonos Españoles o Criollos" no desconocían cuál era esa "llave"; añade, no obstante:

¿Tiénela acaso, o está en su arbitrio el tenerla? Ni uno, ni otro....Déseles esta llave como se le ha dado a los

---

*Bautista de Puerto Rico*. 3ra. ed., estudio preliminar de Isabel Gutiérrez del Arrollo, Río Piedras, Editorial Universitaria, 1970.

<sup>23</sup> Sánchez Valverde, *op. cit.*, p. 158. Subrayado en el original.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 160. Subrayado en el original. Una apreciación moderna coincide con lo señalado por Sánchez Valverde sobre la importancia económica de Haití *vis a vis* las colonias españolas. Ver: D. A. Brading, "Bourbon Spain and its American Empire", en Leslie Bethell (ed.), *Colonial Spanish America*. Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 140-41 y 149.

<sup>25</sup> Sánchez Valverde, *op. cit.*, p. 168. Subrayado en el original.

*Franceses*: y si no hicieren tanto o más que ellos, podrá decirse que son zurdos y que no saben usarla.<sup>26</sup>

En estos pasajes el propósito de Sánchez Valverde se vuelve totalmente diáfano. Su proyecto estribaba en fomentar la importación de esclavos al Santo Domingo español con el fin de desarrollar una economía de exportación, siguiendo el modelo francés en Haití. Sánchez Valverde no dejó de recurrir al determinismo geográfico para justificar su propuesta. Los negros -dice- "son los únicos sugetos a propósito para el cultivo de la *Zona tórrida* y sus producciones". Los criollos, "*por cierto*, naturalizados por el calor de su *Zona...*, son infatigables en las más duras tareas". Pero debido al corto número de unos y otros, para igualar económicamente a los franceses, era imprescindible aumentar la población esclava.<sup>27</sup>

Desde finales del siglo XVII, Santo Domingo había caído en un estado de abandono y pobreza. Las Devastaciones de 1605-1606, las "transmigraciones" a otras regiones del imperio y las epidemias contribuyeron al decaimiento de la población española en la colonia. El desvío de la atención metropolitana hacia las colonias de Tierra Firme profundizaría la crisis de Santo Domingo. Como resultado, la élite dieciochesca -que pretendía descender de aquellos conquistadores que tan valiosos servicios habían prestado a la corona- se encontraba en una lamentable situación que desentonaba con su linaje. Según Sánchez Valverde, los "Regidores", "Capitanes" y "Canónigos y "Eclesiásticos" -todos sectores de la élite-, por carecer de recursos para contratar mayordomos, se ven obligados a atender personalmente sus haciendas y, en ocasiones, hasta a laborar junto a sus esclavos. En contraste, los hacendados de Haití, viven en el boato, el ocio y "la gula y otros vicios".<sup>28</sup>

Pero a pesar de este tono -que linda con la condena moral-, para Sánchez Valverde, *Saint Domingue* constituía la utopía de su clase social. Para el autor, un fiel representante de la élite

---

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 169. Subrayado en el original.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 174-75. Subrayado en el original.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 164-65.

dominicana -criollo de "color moreno", cura, y hacendado-<sup>29</sup> la colonia francesa era un modelo digno de emular. Reproducir la experiencia francesa en *Saint Domingue* permitiría, entre otras cosas, romper el círculo de pobreza, aislamiento y abandono en que se encontraba la colonia española y -de paso- recuperar el lustre perdido. A tales efectos, era necesario obtener más "negros" -es decir, esclavos-. Era éste el eje fundamental de la propuesta económico-social de Sánchez Valverde.

En efecto, el autor propone una serie de medidas con el fin de incrementar la disponibilidad de brazos. Aboga, por ejemplo, porque se aplicasen al trabajo los "*Negros y Mulatos* libres de ambos sexos y...[las] personas blancas pobres". Siguiendo nuevamente el modelo francés, plantea la necesidad de poner coto a las manumisiones de los esclavos. Esta práctica -aduce Sánchez Valverde-, creaba "unos libertos y libertas holgazanes, desarreglados y que han de subsistir necesariamente de la iniquidad".<sup>30</sup> Al respecto, las medidas sugeridas por él son particularmente hostiles hacia las esclavas. Eran ellas, las principales responsables del aumento en el número de libertos, debido a su "familiaridad pecaminosa" con los propietarios. A esas relaciones accedían las esclavas, "no por el imperio o la violencia del Amo, sino por el cebo de la libertad que éste le promete". Es decir, Sánchez Valverde absuelve -sospechosamente- a los propietarios de las violencias que cometían con sus esclavas.<sup>31</sup> A lo sumo, las relaciones entre amos y esclavas quedan, a su juicio, en un intercambio: la libertad se cedía a cambio de los favores sexuales. Pero para él, lo peor de estas relaciones no estribaba en la degradación de las mujeres esclavas. Lo realmente condenable era que, gracias a esos "concubinatos", resultasen inútiles "para el Estado las

---

<sup>29</sup> Fray Cipriano de Utrera, "Antonio Sánchez Valverde", en *Idea del valor*, 7-29. La alusión al color del autor se encuentra -en un documento citado por Utrera- en la p. 26; la mención de su "hacienda de Villegas" es del propio Sánchez Valverde (p. 43).

<sup>30</sup> Sánchez Valverde, *op. cit.*, pp. 170-71.

<sup>31</sup> El culpar a las mujeres esclavas por las relaciones con los propietarios era un recurso común en el Caribe en el siglo XVIII. Sobre el particular, Bush, *op. cit.*, p. 18.



Grabado. *La danza de los bastones* (Tomado de: Albert Savine, baron de Wimpffen, *Saint-Domingue à la veille de la Révolution*. Paris, Louis-Michaud, 1911).

manos de esas Esclavas y de su descendencia".<sup>32</sup> Sánchez Valverde pretendía, en fin, establecer un rígido sistema económico-racial, similar al francés en Haití, en el que los esclavos "se apliquen a la cultura de la tierra" en vez de abarrotar inútilmente las casas de los amos.<sup>33</sup>

Aunque en su visión, el elemento racial aparece subsumido al proyecto económico, Sánchez Valverde no podía sustraerse a las consecuencias étnico-raciales que suponía su propuesta. En uno de los pocos pasajes de la obra en que se comenta directamente sobre la cuestión racial, el memorialista se muestra ofendido ante varios autores "Estrangeros" que habían tenido la osadía "de abrir nuestras venas y manchar la sangre, tanto de los *Indo-Hispanos*, como de sus Progenitores *Europeos*", acusándolos de haberse mezclado con los negros. El autor se muestra particularmente ofendido con un tal Mr. Weuves, quien exaltaba a franceses, suizos y alemanes, mientras denostaba a los españoles y portugueses por carecer de "una gota de sangre pura, sea que hayan tomado esta mezcla de los *Negros*, sea de los antiguos *Moros*".<sup>34</sup> A nivel discursivo, la contestación del autor a este ataque estriba, ante todo, en el uso del término "indo-hispano" para definir étnicamente a la población dominicana. Este término le permite, por un lado, distinguirla de la europea -es decir: de los blancos-, a la vez que la separaba de los negros. En efecto, el término "indo-hispano", aunque admite el carácter mestizo de los habitantes de la colonia, adscribe los orígenes de la población dominicana, exclusivamente, a un doble tronco: el indígena y el hispano. Su apología de la composición racial de la población dominicana, lo lleva a recurrir a un segundo argumento que, a primera vista, resulta hasta pueril: acusa a los franceses de mezclarse, en las colonias, con mayor intensidad que los españoles.<sup>35</sup>

En el argumento de Sánchez Valverde hay un temprano uso del indigenismo como recurso para explicar la formación étnica de Santo Domingo. Este recurso, obviamente, tergiversa

---

<sup>32</sup> Sánchez Valverde, *op. cit.*, pp. 171-72.

<sup>33</sup> *Ibid.*, pp. 172-73.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 166. Subrayado en el original.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 167.

la composición étnico-racial de la colonia, ya que tiende a ocultar la existencia de una amplia población negra y mulata. En tal sentido, Sánchez Valverde articula una retórica racial que será recurrente en las letras dominicanas. Ante el evidente mestizaje del país, muchos autores -del siglo XVIII en adelante- han explicado el mismo en términos de una síntesis racial entre los españoles y los indígenas. De tal manera, se oculta el verdadero origen del mestizaje dominicano y se escatima la presencia negra, dominante demográficamente. Así, pues, el doble argumento de constituir una población "indo-hispana" y de que los españoles en las colonias se habían mezclado menos que los demás europeos, le permite a Sánchez Valverde salvar la evidente contradicción planteada por la existencia de una población abrumadoramente mestiza.

Pero sobre todo, le permite sustentar el mito de su propia clase, una élite cuya blancura era -al menos- cuestionable, como ilustra el caso del autor mismo. El carácter apologético de su obra es abiertamente reconocido por Sánchez Valverde. Su defensa se da en varios planos: el de la definición racial es apenas uno de ellos. También realiza una reivindicación del papel histórico jugado por la élite colonial en la expansión del imperio. Es decir, Sánchez Valverde establece una genealogía histórica que traza los orígenes del sector social que él representa hasta los conquistadores.<sup>36</sup> De tal manera, pretende validar ante la metrópoli los reclamos por una nueva política colonial, que fomentase la recuperación económica de la colonia y que, por ende, contribuyese al fortalecimiento de las bases materiales de sus grupos dominantes. Justo en el prefacio de su obra, Sánchez Valverde señala: "la Apología de los *Criollos* de [Santo Domingo] en los puntos de actividad y genio,

---

<sup>36</sup> Este tipo de argumento fue común entre los escritores coloniales. Al respecto: Severo Martínez Peláez, *La patria del criollo: ensayo de interpretación de la realidad colonial guatemalteca*. 3ra. ed., San José, Editorial Universitaria Centroamericana, 1975; y David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. 2da. ed., México, Era, 1991, p. 18. Para una discusión sobre la composición étnica de Santo Domingo durante la colonia, ver: Cassá y Rodríguez, *op. cit.*

es un artículo esencial sin el qual no podría fomentarse la *Isla*".<sup>37</sup>

También intenta exculpar a la élite dominico-española por la situación de postración de la colonia. Sánchez Valverde inicia un tema recurrente en la literatura dominicana moderna: la tragedia histórica que implicaron las emigraciones. El autor lamenta, sobre todo, las emigraciones de las familias pudientes, a partir del siglo XVI, como resultado de la decadencia económica.<sup>38</sup> A pesar de que el autor pretende ocultar el fenómeno, una de las consecuencias de tales emigraciones fue la mulatización de la élite colonial. Pero ante la imposibilidad de reclamar una prosapia española "pura", se recurre al subterfugio de recordar las "mezclas" realizadas por los propios franceses y a destacar los esfuerzos de los hispano-dominicanos por evitar el mestizaje, a pesar de la decadencia y el aislamiento de la colonia. En todo caso, dicha élite se definía a sí misma como "indo-hispana" o como "española criolla". La exculpación de la élite se da, entonces, en un doble nivel: el económico y el étnico-social.

Pero el propósito ulterior de Sánchez Valverde era la recuperación económica de la colonia. De ahí que destaque los recursos explotables con que contaba Santo Domingo y que reclamase el aumento del número de esclavos; por esto, su modelo de sociedad es Haití. De hecho, el fortalecimiento económico de la colonia española podría llevar -argumenta- a un eventual desplazamiento de los franceses del occidente de la isla. Para él, empeñado en que la colonia recuperase el esplendor perdido, los esclavos constituían la "llave" que equipararía a Santo Domingo con Haití. Sin embargo, Sánchez Valverde no se plantea las consecuencias que tendría, desde una perspectiva racial y cultural, la entrada de miles de esclavos a Santo Domingo. Ni siquiera aborda el peligro potencial de las sublevaciones de esclavos. ¿Cómo interpretar este silencio? ¿Se trata de un intento consciente por acallar las posibles oposiciones a su proyecto? ¿O es el reflejo de una determinada

---

<sup>37</sup> Sánchez Valverde, *op. cit.*, p. 7. Subrayado en el original.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 111,

visión de los amos: los negros no tienen cultura, son una tabla rasa; por lo tanto, aparte de sus brazos, no tienen nada más que aportar? En todo caso, todo tiende a indicar que, para él, lo fundamental era que la élite pudiese mantener su raigambre hispánica. Y esto estaba garantizado -podemos inferir- porque la élite hispano-dominicana carecía de los "vicios" -es decir: la propensión a mezclarse sexualmente con los negros- de otros grupos de extracción europea.

Sánchez Valverde construye una apología de la élite criolla -de su clase- como futura dirigente de la nueva sociedad; al revalidar la gloria de los antecesores del siglo XVI, se define históricamente a un "nosotros" que contribuyó a la gesta imperial. Para él, el "otro" fundamental es el francés que ocupa la parte occidental de la isla. Así, aunque constituyese una amenaza geopolítica potencial y aunque sus grupos dominantes mostrasen -de acuerdo a Sánchez Valverde- una gran debilidad moral, para la incipiente élite dominicana del siglo XVIII, la colonia francesa de Haití representaba el modelo más acabado de la utopía criolla.

### **Mulatismo y proyecto nacional en Bonó**

Pero esa utopía quedaría en el plano de los sueños: la Revolución Haitiana (1791) acabó con el modelo de Sánchez Valverde.<sup>39</sup> En Santo Domingo, la revolución tuvo múltiples ecos. La realidad de los esclavos sublevados produjo una nueva imagen del negro: a partir de entonces, éste se convirtió en un espectro, sediento de sangre blanca. Es decir, de esclavo -mero instrumento de trabajo-, el negro se transformó en incendiario, violador de doncellas y destripador de amos; el machete, se transmutó en arma. Igualmente, los ejércitos haitianos -que ocuparon Santo Domingo en medio de la lucha contra

---

<sup>39</sup> Sobre la Revolución Haitiana: James, *op. cit.*; José L. Franco, *Historia de la revolución de Haití*. 2da. ed., Santo Domingo, Editora Nacional, 1971; y Emilio Cordero Michel, *La Revolución Haitiana y Santo Domingo*. 2da. ed., Santo Domingo, Taller, 1974.

franceses, españoles e ingleses- fueron vistos como "hordas de salvajes".<sup>40</sup>

Los sucesos posteriores vendrían a reforzar esta imagen del haitiano. Siguiendo un principio adoptado por Toussaint L'Overture -motivado en éste por la defensa de la libertad de las masas de libertos-, en 1822 las tropas haitianas ocuparon Santo Domingo. Se inició, así, el periodo conocido como la Dominación Haitiana (1822-1844). En estos años, el gobierno haitiano, dirigido por Jean Pierre Boyer, introdujo varias medidas que afectaron negativamente los intereses de los sectores dominantes. Por ejemplo, su primer acto oficial como gobernante de Santo Domingo fue abolir la esclavitud; luego inició un programa de reparto de tierras entre los libertos y los campesinos. Finalmente, se enfrentó a los intereses de los hateros y de la iglesia católica. Ante esta situación, cientos de dominicanos emigraron del país.<sup>41</sup>

En 1844, un grupo de dominicanos, agrupados en torno a una organización clandestina, lograron la independencia de Haití. A partir de este momento, la República Dominicana tuvo que defenderse contra los intentos de los gobernantes haitianos por ocupar nuevamente el oriente de la isla. Hasta fines de la década de 1860, el destino del país pende de las posibilidades de impedir las tentativas de ocupación por los haitianos. En medio de esta incertidumbre -marcada, además, por el caudillismo y las guerras internas- surgió la alternativa anexionista. En efecto, ante el "peligro haitiano", diversas facciones abogaron por la anexión a un gran Estado, lo que evitaría -según esta visión- que Santo Domingo fuese absorbido por Haití. Unos preferían a los Estados Unidos, otros se orientaban a algún país europeo. Finalmente, en la década de 1860, Santo Domingo fue anexado a España gracias a las gestiones de su entonces presidente, el general Pedro Santana. Pero una guerra popular -conocida

---

<sup>40</sup> Despradel, *op. cit.*

<sup>41</sup> Frank Moya Pons, *La dominación haitiana, 1822-1844*. 3ra. ed., Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1978; Bosch, *Composición social*, pp. 143-61; y Cassá, *Historia social y económica*, I, pp. 173-89.

como la Guerra de la Restauración- logró restablecer la soberanía nacional.<sup>42</sup>

Es en este contexto que debemos ubicar la producción intelectual de Pedro Francisco Bonó (1828-1906). En efecto, su generación presencia el nacimiento de la República luego de la Dominación Haitiana; llega a la adultez en el conflictivo periodo post-independentista, cuando la República tiene que validar su existencia ante Haití; finalmente, es figura relevante en la Guerra Restauradora contra España (1863-1865).<sup>43</sup> Los escritos de Bonó giran, en gran medida, en torno a cuestiones económicas. Sin embargo, en él, el proyecto económico aparece subordinado a una propuesta de afirmación nacional. En otras palabras, Bonó pretende solidificar las bases de una nación joven, cuyo andamiaje es todavía vacilante.

Bonó pertenece a lo que podemos denominar -en ausencia de un término más preciso- sectores medios de la sociedad dominicana. Oriundo del Cibao -región de pequeños y medianos propietarios-, Bonó fue abogado y funcionario público. Pero, sobre todo, se destacó como comentarista de asuntos económicos y políticos; gracias a estos escritos, se le considera como uno de los fundadores del pensamiento sociológico dominicano.<sup>44</sup> En definitiva, Bonó pertenece al mundo letrado; aunque inmerso en las luchas políticas de su época, mantiene una prudente distancia respecto a las

<sup>42</sup> La literatura sobre estos acontecimientos es muy abundante. Para un síntesis, ver: Cassá, *op. cit.*, II, pp. 39-120.

<sup>43</sup> Ver cronología y biografía de Bonó en Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Pedro F. Bonó*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1964, pp. 5-15 y 17-58, respectivamente.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pp. 5-58; Raymundo González, "Bonó: un intelectual de los pobres", *Estudios Sociales*, año XVIII, no. 60, 1985, pp. 65-77; Wilfredo Lozano en colaboración con Ivette Sabbagh, "La sociología dominicana: una evaluación", en *Ciencias Sociales en la República Dominicana. Sociología, demografía, economía: evolución y bibliografía*. Santo Domingo, Fundación Friedrich Ebert y Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1989, pp. 19-21; y Juan I. Guerra, "Concepción antropológica-fisiológica en el pensamiento de Pedro Francisco Bonó", *Eme-Eme: Estudios dominicanos*, vol. XI, no. 64, 1983, pp. 33-76.

estridentes de la lucha partidista. Quizás, su relativo retraimiento del poder y de la lucha por conquistarlo le permitieron asumir una posición crítica frente a sucesos, personajes y procesos.<sup>45</sup> A diferencia de la propuesta de Sánchez Valverde -que busca restablecer las bases materiales de una clase social a través de un proyecto fundado en la discriminación y en la puntualización de las jerarquías- el proyecto de Bonó es integrativo. En efecto, Bonó aboga por la igualdad jurídica -típico reclamo del liberalismo del siglo XIX- pero también destaca el papel de los sectores populares en la creación y el desarrollo de la nacionalidad.

El origen de la sociedad dominicana se encuentra, según él, en la conquista española. Fue la dominación española -afirma- "la que dejó huellas más profundas" sobre la sociedad dominicana, "por ser la más prolongada".<sup>46</sup> La larga ingerencia española dejó su marca sobre todo en las instituciones, que por haber regido "a veinte generaciones sucesivas", se volvieron "creencias" que se identificaron con la sociedad. Esta huella se imprimió sobre una población compuesta fundamentalmente por españoles y africanos, ya que la "raza indígena" fue rápidamente destruida.<sup>47</sup> Aquí hay, claramente, una interpretación distinta a la de Sánchez Valverde sobre la composición étnico-racial del país. Sin embargo, más que al sedimento humano, Bonó presta atención al sustrato institucional que fue acumulándose a lo largo de los siglos.

El autor señala que la Dominación Haitiana -a pesar de resultar oprobiosa en muchos sentidos- fue una "época de transición y que habilitó a la República Dominicana para conocer la libertad". Así, al separarse de Haití, el "pueblo dominicano presentaba una faz nueva, a la contraída bajo el régimen español". Bonó destaca como elementos positivos, sobre todo, el avance de "los derechos del hombre" y la

---

<sup>45</sup> Raymundo González, "Bonó, un crítico del liberalismo dominicano en el siglo XIX. Apuntes para la bibliografía de un intelectual de los pobres", *Ciencia y Sociedad*, vol. 10, no. 4, 1985.

<sup>46</sup> *Papeles de Bonó*, p. 84.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pp. 82-3.

abolición de la esclavitud.<sup>48</sup> De hecho, Bonó pensaba que el presidente Boyer -gobernante haitiano durante el periodo de la Dominación- tuvo la oportunidad de "haber fundado la unión de los dos pueblos sobre una base más equitativa y provechosa,...la confederación".<sup>49</sup> No obstante, la política haitiana se basó en el principio de la "indivisibilidad de la isla", que en la práctica se tradujo en los intentos de dominio de la República Dominicana. Este principio chocaba de frente con los intentos de afirmación de la nacionalidad dominicana. Por lo tanto, consumada la independencia frente a Haití, se desarrolló un "antagonismo fundamental, indestructible, entre uno y otro pueblo".<sup>50</sup>

Este antagonismo entre Haití y la República Dominicana estuvo signado por las diferencias de lengua y costumbres; también contenía un elemento racial. Según él, la creación del estado haitiano se basó en el exterminio de "dos razas de su suelo, la blanca y la mezclada".<sup>51</sup> Este principio -que quizás "se justificaba por los precedentes" y por "la barrera que querían poner [los haitianos] a la esclavitud"- constituyó un motivo de enajenación del pueblo dominicano. Así, mientras Haití desarrolló una política fundada en "el exclusivismo de una sola raza" -la negra-, la República Dominicana tenía como guía "el cosmopolitanismo, la expansión de todas las razas en su suelo, aunque "-añade Bonó-" con predilección por la blanca".<sup>52</sup>

Para Bonó, el origen de esta diferencia entre ambos países se encuentra en sus respectivos pasados coloniales. En Haití, siendo colonia francesa, se generó un profundo rencor entre negros y blancos, producto del "odioso régimen de la esclavitud de los primeros". En el Santo Domingo colonial, por el contrario, pasada la época de la conquista "el español aportó suma benevolencia, gran caridad y mucha dulzura, en las desigualdades sociales". En consecuencia, el esclavo no se vió sometido a "los sufrimientos inauditos que en la colonia

---

<sup>48</sup> *Ibid.*, pp. 89-90.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 610.

<sup>50</sup> *Ibid.*, pp. 343-44.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 394.

francesa la raza esclava padeció". Esta esclavitud moderada "facilitó las mezclas de razas" e hizo imposible el odio racial observado en Haití. El pasado colonial de Santo Domingo no sólo le brindaba una "superioridad moral" frente a Haití, sino que, además, creaba una mayor apertura hacia otras civilizaciones, "razas y tradiciones", ausente en dicho país. Más aún, ese legado colonial "ha hecho y hará imposibles las guerras sociales o de razas en la República Dominicana".<sup>53</sup>

El argumento de Bonó está basado en una idealización de la esclavitud y de las relaciones raciales en la República Dominicana. Hay que recordar, en primer lugar, que fue precisamente en La Española donde se realizó el primer experimento esclavista en el Caribe. En efecto, los colonos españoles iniciaron la importación de esclavos desde África con el fin de sustituir a la mano de obra indígena que escaseaba por la crisis demográfica del siglo XVI.<sup>54</sup> En otras palabras, la incorporación del africano a la sociedad colonial dominicana se debió fundamentalmente a razones de tipo económico. Y aunque contamos con pocos estudios pormenorizados sobre el particular, debemos asumir que, mientras predominó la economía de plantación en el siglo XVI, las relaciones entre amos y esclavos no difirieron en lo fundamental de lo que se observaría posteriormente en otras áreas de América. La plantación, matriz central de la esclavitud en el Caribe, se caracterizó por una rígida estructura social, en la que amos y trabajadores ocupaban posiciones claramente delimitadas.<sup>55</sup> A

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 219.

<sup>54</sup> Moya Pons, *La Española en el siglo XVI*, pp. 70-71; *ibid.*, *Historia colonial*, pp. 71-89; Cassá, *Historia social y económica*, I, pp. 65-70; Deive, *Esclavitud del negro*, I, pp. 51-102; y José Chez Checo y Rafael Peralta Brito, *Azúcar, encomiendas y otros ensayos históricos*. Santo Domingo, Fundación García-Arévalo, 1979, pp. 13-54.

<sup>55</sup> Sobre las peculiaridades económico-sociales de los sistemas de plantación, ver: Klein, *op. cit.*, pp. 25-91; Sidney W. Mintz, "Slavery and Emergent Capitalisms" y "Labor and Sugar in Puerto Rico and Jamaica, 1800-1850", en Laura Foner y Eugene D. Genovese (eds.), *Slavery in the New World: A Reader in Comparative History*. Englewood Cliffs, NJ., Prentice-Hall 1969, pp. 27-37 y 170-77,

lo sumo, puede argumentarse que la decadencia de la economía azucarera dominicana provocó cierto relajamiento de las relaciones raciales y, posiblemente, una flexibilización de la esclavitud.<sup>56</sup>

En segundo lugar, Bonó hace abstracción de las múltiples instancias de la vida dominicana que desmentían la pretendida armonía racial, tanto durante la República como durante la época colonial. Las fugas y sublevaciones de esclavos, por ejemplo, habría que verlas como momentos de esa "guerra social" que, de acuerdo a él, era imposible en Santo Domingo.<sup>57</sup> Las diferencias apuntadas por Bonó serían un resultado, más bien, de los divergentes ritmos con que se desarrollaron las economías de Haití y Santo Domingo, y no de la "superioridad moral" del colonialismo español, como él propone. Que la sociedad dominicana adquiriese una mayor porosidad racial que Haití, que se reflejaría en una población más amulatada, fue resultado fundamentalmente de las fuerzas económicas y

---

respectivamente; Jean Benoist, "La organización social de las Antillas", en Moreno Fragnals (relator), *Africa en América Latina*, pp. 77-102; Ciro F. Santana Cardoso, "El modo de producción esclavista colonial en América", en Carlos Sempat Assadourian *et. al.*, *Modos de producción en América Latina*. 3ra. ed., Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975, pp. 193-242; Eric R. Wolf y Sidney W. Mintz, "Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas", en Enrique Florescano (coordinador), *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. México, Siglo XXI y CLACSO, 1975, pp. 493-531; Ciro F.S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Historia económica de América Latina*. Barcelona, Crítica, 1979, 2 vols., I, pp. 185-208; Robert W. Fogel, *Without Consent of Contract: The Rise and Fall of American Slavery*. New York, Norton, 1989, pp. 17-80; y Philip Curtin, *The Rise and Fall of the Plantation Complex*. Cambridge, Cambridge University Press.

<sup>56</sup> Hoetink, "Race and Color in the Caribbean", pp. 55-68; Deive, *La esclavitud del negro*, I, pp. 51-154; *ibid.*, *Los guerrilleros negros*, 135; y Franc I, pp. 51-154; Báez Evertsz, *La formación del sistema agroexportador en el Caribe: República Dominicana y Cuba, 1515-1898*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, pp. 43-80.

<sup>57</sup> Deive, *Los guerrilleros negros*.

demográficas que moldearon, en general, a las sociedades caribeñas.

En síntesis, para Bonó la particular experiencia colonial de Haití y de la República Dominicana definió las relaciones raciales en cada uno de estos países. El fin del colonialismo en ambos creó la oportunidad de lograr cierta armonía entre ambas naciones. Sin embargo, de acuerdo a él, Haití optó por el camino equivocado. Por un lado, escogió el "exclusivismo" racial; por el otro, intentó imponer sus criterios políticos sobre Santo Domingo, dándole la espalda a la confederación. Si el presidente Boyer hubiese seguido tal camino: "Los elementos diversos de los dos pueblos que hoy no tienen punto de contrapeso, aislados como están, habrían concurrido a mantener el equilibrio de las razas negra y blanca".<sup>58</sup> Esto no ocurrió así, cerrándose, en consecuencia, la posibilidad de una confederación entre las dos naciones y permitiendo que cada una siguiese políticas raciales opuestas.

En términos de política racial, Bonó era partícipe de lo que podríamos llamar "mulatismo". Este mulatismo ideológico es típico de su pensamiento, que condena los extremos. Así, frente al latifundio, Bonó se erige en adalid de la pequeña propiedad; ante la polarización social, aboga por el fortalecimiento de los sectores medios; frente a las propuestas centralizadoras, defiende el federalismo y las autonomías locales.<sup>59</sup> No obstante, su centrismo racial tiene implicaciones muy precisas. Uno de los perjuicios del exclusivismo racial haitiano -según Bonó- fue que mantuvo alejadas la inmigración y la civilización europeas. Al separarse de Haití, la República Dominicana rompió con la "senda exclusivista" del primero, dando un paso para "llamar la emigración constante que la Europa arroja de su suelo por falta de espacio". Este flujo de inmigrantes permitiría "hacer una masa dominicana de todas las inteligencias, de todas las

---

<sup>58</sup> *Papeles de Bonó*, p. 610.

<sup>59</sup> Freddy Peralta, "La sociedad dominicana del siglo XIX vista por Pedro Francisco Bonó", *Eme-Eme: Estudios dominicanos*, vol. V., núm. 29, 1977, pp. 13-54; y Raymundo González, "El federalismo de Bonó: regionalismo y antidespotismo", *Poder Popular*, año 1, núm. 2, 1985, pp. 61-74.

industrias extranjeras".<sup>60</sup> En tal sentido, la defensa del mulatismo puede ser vista como un medio para disminuir la negritud dominicana. El mulatismo de Bonó encierra también una propuesta "modernizante" a la europea: al distanciarse racialmente de su vecino, Santo Domingo se aproximaba a Europa. El mulatismo dominicano -su "cosmopolitanismo", al decir de Bonó- contribuiría a la regeneración nacional a través del contacto con Europa.<sup>61</sup>

Para Bonó, la dominicanidad, aunque contaba con un sustrato hispánico fundamental, estaba lejos de definirse meramente como una extensión de lo español. Su visión de Haití presenta, por otro lado, elementos positivos. Como se ha visto, en Bonó la contradicción entre Haití y la República Dominicana tenía una connotación racial. Aunque plantea -en momentos enfáticamente- que elementos históricos, culturales y políticos separaban a ambos países, también reconoce que entre la República Dominicana y Haití podrían surgir intereses comunes que llevaran a una superación de tales diferencias. Sobre todo, resalta Bonó, sería necesario el abandono del exclusivismo racial haitiano, a tono "con la desaparición gradual...[de] las preocupaciones de color y procedencia". Debido a su mayor apertura hacia las diversas razas, la República Dominicana tendría, en ese caso, "mejor aptitud que su vecina, para producir el núcleo de una poderosa confederación que concorra de una manera digna a la misión de los americanos en el planeta".<sup>62</sup> En fin, el elemento racial no era un factor inmutable, destinado a lastrar permanentemente las relaciones entre las dos naciones.

---

<sup>60</sup> *Papeles de Bonó*, p. 92.

<sup>61</sup> La idea de la regeneración de los países latinoamericanos a través de la inmigración y del contacto con la civilización europea se convirtió en un tema común de la intelectualidad de la región. Para una discusión de las ideas raciales en América Latina y, en particular, de su relación con los proyectos de desarrollo y regeneración nacional, ver: Richard Graham (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*. Austin, University of Texas Press, 1990.

<sup>62</sup> *Papeles de Bonó*, p. 394.

Pero, ¿cuán representativo es el pensamiento de Bonó? ¿Refleja éste la visión predominante entre la población dominicana del siglo XIX? Contestar cabalmente estas preguntas supondría entrar en una serie de consideraciones -y en unos acercamientos hermenéuticos- que trascienden los limitados fines de este ensayo. En este momento sólo es posible ubicar a Bonó en el contexto de los letrados de su época, representantes en mayor o menor grado de las percepciones de los sectores hegemónicos. ¿Y cómo compara con ellos? Bonó, para decirlo en pocas palabras, difiere de las opiniones predominantes en el siglo XIX respecto a Haití. Como ya he señalado, su interpretación de la impronta haitiana en Santo Domingo está lejos de ser absolutamente negativa. Es más, llega a resaltar una serie de resultados favorables de la Dominación Haitiana, denostada por buena parte de la intelectualidad dominicana del pasado y del presente.<sup>63</sup> Las mismas acciones de las figuras políticas dominantes durante el siglo XIX muestran la aversión sentida hacia Haití. Así, Pedro Santana impulsó la anexión con España en gran medida como una salvaguarda contra Haití; Buenaventura Báez, otro de los principales caudillos del país y opositor de Santana, también se caracterizó por su ardiente anti-haitianismo.<sup>64</sup>

¿Cuál es, entonces, el origen de las percepciones de Bonó sobre Haití, relativamente favorables? ¿Eran éstas resultado meramente de sus elucubraciones intelectuales o, por el contrario, estaban afincadas en razones de otra índole?

---

<sup>63</sup> Son relativamente pocas las obras que abordan sistemáticamente la historia de las ideas en la República Dominicana durante el siglo XIX. Hay elementos importantes en: Franklin J. Franco, *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Nacional, s.f.; y Juan I. Jiménez Grullón, *Sociología política dominicana, 1844-1966*. 4ta. ed., Santo Domingo, Alfa y Omega, 1982, vol. I.

<sup>64</sup> Jiménez Grullón, *op. cit.*, pp. 49-112; Jaime de Jesús Domínguez, *La anexión de la República Dominicana a España*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1979; y Mu-Kien A. Sang, *Buenaventura Báez: el caudillo del Sur (1844-1878)*. Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, 1991, pp. 39-56.

Hay que considerar, en efecto, que no todos los sectores de Santo Domingo se sintieron lesionados por el dominio haitiano. Los libertos, muchos negros y mulatos, junto a sectores más o menos significativos de campesinos, tuvieron razones para identificarse con el régimen.<sup>65</sup> Ya he aludido a sus opiniones sobre la abolición de la esclavitud. También hay que considerar la política de reparto de tierras del gobierno haitiano en Santo Domingo. Bonó le adscribió un papel central a la pequeña propiedad y al campesinado en el surgimiento y la supervivencia de la república. Era el tabaco, cultivado en las parcelas campesinas, "el verdadero *Padre de la Patria*".<sup>66</sup> Así, pues, Bonó, quien además de liberal era un sincero demócrata, debió entender las medidas favorables a estos sectores como lo que eran: elementos progresistas del régimen haitiano.<sup>67</sup> Finalmente, respecto a la cuestión racial, el pensamiento de Bonó muestra diferencias sustanciales con los políticos y letrados de su época. Lejos de lamentar el mestizaje, Bonó llegó a considerarlo como un elemento original no sólo de la sociedad dominicana sino de todo el continente. En tal sentido, preconizaba un sentido de la identidad fundado no en el hispanismo sino en las nuevas realidades americanas.

### La hispanidad asediada de Peña Batlle

Entre fines del siglo XIX y principios del XX surgieron elementos novedosos que determinaron el rumbo que tomó la discursiva en torno a Haití y a la cuestión racial. En conjunto, estos factores -aunque por razones distintas a las prevalecientes en el siglo XIX- fueron haciendo más difícil un acercamiento entre los pueblos haitiano y dominicano, tal y como hubiese deseado Bonó. De manera especial, hay que mencionar el

---

<sup>65</sup> Franco, *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, pp. 115-62; *ibid.*, "La sociedad dominicana de los tiempos de la independencia", en F. Franco *et. al.*, *Duarte y la independencia nacional*. Santo Domingo, Ediciones INTEC, 1976, pp. 10-36.

<sup>66</sup> *Papeles de Bonó*, p. 199. Subrayado en el original.

<sup>67</sup> Sobre la cercanía de Bonó a los sectores populares dominicanos, ver: González, "Bonó, un intelectual de los pobres".

desarrollo de la industria azucarera, la que exigió grandes contingentes de trabajadores. Inicialmente, los productores de azúcar recurrieron a jornaleros dominicanos; posteriormente se recurrió, de forma creciente, al obrero migrante. Para la segunda década de este siglo, los braceros provenientes de Jamaica, Puerto Rico y otras islas caribeñas jugaban un papel central en la producción de azúcar en la República Dominicana.<sup>68</sup>

A estos grupos de trabajadores se fueron sumando contingentes, cada vez mayores, de haitianos. Durante la ocupación norteamericana de 1916-1924, los haitianos se convirtieron en el sector trabajador más numeroso de la industria azucarera de la República Dominicana.<sup>69</sup> Aunque en manos fundamentalmente extranjeras, la nueva industria azucarera reeditaba el sueño de Sánchez Valverde. El haitiano asumió otra máscara:<sup>70</sup> ya no era el esclavo insurrecto, ni el invasor sanguinario; ahora representaba "brazos", fuerza de trabajo. Pero en el imaginario -poético, mítico o político- las máscaras se superponen: una no cancela a la otra. En el caso de los haitianos en la República Dominicana, una máscara reforzaba a la otra: la imagen del bracero en el siglo XX revalidaba la del esclavo del XVIII. Pero esta imagen -afincada en las relaciones económicas, en la producción- reforzó las imágenes previas, que se referían a otros niveles de la realidad.

---

<sup>68</sup> H. Hoetink, *El pueblo dominicano (1850-1900): apuntes para su sociología histórica*. 3ra. ed., Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1985, pp. 50-6; y los ensayos de José del Castillo y Patrick E. Bryan en Manuel Moreno Fragnals, Frank Moya Pons y Stanley L. Engerman (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985, pp. 215-34 y 235-51, respectivamente.

<sup>69</sup> José del Castillo, "La inmigración de braceros a la industria azucarera, 1900-1930", *Cuadernos del CENDIA*, 1978; y Bruce Calder, *El impacto de la intervención: la República Dominicana durante la ocupación norteamericana de 1916-1924*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989, pp. 138-45.

<sup>70</sup> Sobre la metáfora de la "máscara", ver: Rosalba Campra, *América Latina: la identidad y la máscara*. México, Siglo XXI, 1987.

La cuestión fronteriza entre Haití y la República Dominicana, irresoluta todavía a principios del siglo XX, remarcó la percepción del haitiano como invasor. En efecto, en la zona fronteriza entre los dos países -región agreste y marginada- se desarrolló un fuerte intercambio comercial, humano y cultural entre dominicanos y haitianos. La vida en la región de la frontera estaba marcada tanto por la coexistencia más o menos pacífica como por la competencia, la que, en ocasiones, desembocaba en la hostilidad abierta. Para los haitianos, "cruzar del otro lado" brindaba alternativas que escaseaban en su país. Sobre todo, se hacía más viable la obtención de tierra, pastos y aguas, bienes preciados por sus habitantes, mayormente campesinos.<sup>71</sup> Pero para muchos dominicanos, el asentamiento de los haitianos en el territorio dominicano evidenciaba una política "imperialista", heredera del principio de la "indivisibilidad de la isla", propugnado por Toussaint a fines del XVIII y continuado por las "hordas invasoras" del XIX. Las percepciones del haitiano coincidieron en una serie de imágenes que se reforzaban entre sí. El haitiano era "ladrón", "usurpador" y "sanguinario". Incapaz de trascender los niveles primigenios de la vida social, era, en síntesis, "primitivo": máscara dura, alimentada desde el poder.

En efecto, durante la dictadura de Rafael L. Trujillo (1930-1961) se exacerbó el sentimiento antihaitiano en la República Dominicana.<sup>72</sup> La cuestión racial y las relaciones con Haití se

---

<sup>71</sup> Esto se evidencia en las novelas: Jacques Roumain, *Los gobernadores del rocío*. 2da. ed., Santo Domingo, Taller, 1981; y Anthony Lesperes, *Las semillas de la ira*. Traducción de Diógenes Céspedes, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1990.

<sup>72</sup> Hay una enorme producción sobre la dictadura trujillista. Como muestras, ver: Jesús de Galíndez, *La era de Trujillo: un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*. Buenos Aires, Editorial Americana, 1958; José R. Cordero Michel, *Análisis de la era de Trujillo (Informe sobre la República Dominicana)*, 1959). 5ta. ed., Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1987; Robert D. Crassweller, *Trujillo: la trágica aventura del poder personal*. Barcelona, Bruguera, 1968; y Roberto Cassá, *Capitalismo y dictadura*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1982.

convertirían en ejes -como contrafiguras- de un discurso nacionalista que se expresó de varias maneras. A nivel de las relaciones entre los dos Estados, se intentó resolver de forma definitiva la cuestión fronteriza. En el plano intelectual, se desarrolló una intensa actividad con la intención de reforzar el antihaitianismo. Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954) y Joaquín Balaguer (1906- ), dos de las figuras públicas e intelectuales más relevantes durante la dictadura trujillista, se destacaron en tal sentido. En las obras de ambos autores, el problema racial y el antihaitianismo ocupan un lugar central. Para ellos, la nacionalidad dominicana se define básicamente en contraposición a Haití. Ambos suponen que esa contradicción se originó en el momento mismo en que los franceses iniciaron sus incursiones contrabandistas en la isla Española. Además, piensan que la coexistencia de dos nacionalidades en una isla es un total contrasentido, un fenómeno casi antinatural, que se traduce en un conflicto perenne por el espacio.

La demostración de esta tesis conllevó, por supuesto, una reelaboración de la historia dominicana. Según Peña Batlle, a lo largo de su historia, Santo Domingo ha sufrido una serie de "vicisitudes sociales..., que pueden clasificarse en cuatro períodos de un siglo de extensión cada uno": 1) durante el siglo XVI, "luchamos contra la Reforma", siendo el contrabando "un agente de la lucha del calvinismo contra los poderes católicos"; 2) en el siglo XVII, se desarrolló un "estado de guerra" contra los bucaneros y filibusteros franceses, lucha que representaba una confrontación con el "individualismo crudo que dio origen a todo el sistema capitalista moderno"; 3) la centuria siguiente vió un largo y sostenido esfuerzo por "obtener la divisoria fronteriza que nos salvara de la penetración francesa"; y 4) en el siglo XIX, Santo Domingo tuvo que enfrentarse al "predominio de los esclavos y la influencia de las ideas y los sistemas del materialismo y el positivismo francés", traducidos en la Dominación Haitiana y en las "turbulencias" derivadas de ella.<sup>73</sup> El signo constante en cada uno de estos momentos es la lucha de una comunidad -la dominicana- contra las fuerzas

---

<sup>73</sup> Peña Batlle, *op. cit.*, pp. 60-1.

externas que amenazaban con desvirtuar o destruir su hispanidad.

Opina Peña Batlle que a finales del siglo XVIII, cuando debido al Tratado de Basilea (1795) la colonia pasó a Francia, Santo Domingo era "un país debidamente evolucionado de acuerdo con el orden social que crearon estos tres elementos: un gobierno civil y militar, un gobierno eclesiástico..., y una orientación cultural de tipo clásico". La idealización del pasado colonial alcanza en este autor niveles extremos. Al igual que en Bonó, se reconocen las desigualdades sociales en la colonia; pero a diferencia de éste, Peña Batlle considera que no existían elementos de inequidad social. Entonces predominaba "una estricta acomodación de clases y jerarquías". La existencia de la esclavitud misma no afectaba el "sosegado" ritmo de vida de la colectividad: "No existían problemas de casta ni la vida se hacía sobre fórmulas inhumanas de explotación".<sup>74</sup> Los esclavos se encontraban "en efectivo estado de manumisión", por lo que no gestionaban su libertad ya "que no les hacía falta".

En contraposición, Haití, organizada en torno al "infame comercio negrero..., no evolucionó hacia ninguna forma de cultura". La ausencia, sobre todo, de "influencias religiosas" y de una "política organizada" impidieron "un proceso de integración nacional".<sup>75</sup> La "masa de esclavos", de forma particular, "fue impermeable a toda influencia de la cultura"; los libertos fueron "personas semi-incorporadas a la civilización". Huérfanos de toda atención religiosa, los esclavos se aferraron a las prácticas animistas provenientes de Africa; ni siquiera alcanzaron "la expresión de un idioma que le sirviera de instrumento a sus ideas". El "patois" que surgió de la mezcla de las diversas lenguas africanas fue incapaz de "servir de apoyo a una adecuada formación cultural". En fin, la colonia francesa se desarrolló "por debajo de los más elementales estratos de una verdadera cultura".<sup>76</sup>

Como resultado de tan opuestas experiencias coloniales, los procesos de formación nacional en Santo Domingo y en Haití

---

<sup>74</sup> *Ibid.*, pp. 61-2.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>76</sup> *Ibid.*, pp. 157-59.

fueron totalmente disímiles. La colonia francesa careció de un "aglutinante cultural":

Esa es una sociedad sin historia propiamente dicha, sin antecedentes tradicionales, sin punto de partida y sin raíces espirituales. La historia de Haití como nación se inicia con la rebelión de los esclavos y no tiene ningún punto de apoyo en el pasado.<sup>77</sup>

La revolución de los esclavos agudizó la carencia de ese elemento aglutinante. Después de todo se trató de una rebelión de "las clases oprimidas, sin tradición histórica, sin formación cultural ninguna, sin estructura espiritual, sin formación jurídica..., sin régimen de familia establecido, sin organización de la propiedad".<sup>78</sup> Debido al exterminio o la emigración de "la clase social de los blancos", los antiguos esclavos fueron la base humana del nuevo régimen social y político lo que, desde la perspectiva racista y elitista de Peña Batlle, resultó totalmente funesto. Más aún, la Revolución Haitiana no estuvo orientada desde sus inicios por un claro principio de libertad humana ni de independencia política; fue más bien el resultado de grupos "dispersos e inorgánicos", carentes de un ideal rector. La revolución se originó en el odio y la "sed de venganza"; fue "la negación de toda regla". De ella no se podía esperar "ningún resultado verdaderamente constructivo".<sup>79</sup>

Por el contrario, Santo Domingo había pasado por un proceso de sedimentación cultural e institucional gracias a la impronta dejada por España. Este proceso tricentenario había producido, al menos culturalmente, una comunidad hispánica en suelo dominicano; en palabras del autor, hubo una "consustanciación de nuestras formas sociales con las hispánicas".<sup>80</sup> En un pasaje digno de figurar en una antología del pensamiento del colonizado, Peña Batlle dice:

---

<sup>77</sup> *Ibid.*, p. 160.

<sup>78</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>79</sup> *Ibid.*, pp. 179-81.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 56.

El Santo Domingo de 1795 y el de 1809 era más español que Godoy y que Fernando VII y representaba con más pureza y mejor sentido que ellos los valores de la tradición.<sup>81</sup>

Lo haitiano era -según él- la negación de ese "mundo de valores y jerarquías sociales de carácter netamente español".<sup>82</sup> Así, la Revolución Haitiana y su secuela representarían una amenaza para el "pueblo cristiano más antiguo de América".<sup>83</sup> A raíz del Tratado de Basilea y hasta 1844 -año en que terminó la Dominación Haitiana- Santo Domingo vivió bajo "un régimen desnacionalizante", que tendió a soterrar "las raíces de nuestro espíritu"; durante ese periodo, enfatiza Peña Batlle, "sufrimos el imperio de la horda".<sup>84</sup>

Es por tal razón que -de acuerdo a Peña Batlle- la independencia de Santo Domingo en 1844 tuvo una "configuración conservadora".<sup>85</sup> La creación de la República Dominicana obedeció a un "definido sentimiento de cultura";<sup>86</sup> es decir, la separación de Haití fue un movimiento reactivo, en defensa de la cultura hispánica, amenazada por las medidas implantadas por los ocupantes. De haberse perpetuado dicho régimen, los dominicanos habrían perdido

...la esencia misma de la nacionalidad... que se funda en el idioma que hablamos, en la religión que profesamos, en los hábitos y costumbres que nos hacen sociables; en el modo como construimos nuestras poblaciones, explotamos nuestra riqueza, acatamos el principio de

---

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>83</sup> Esta frase, que sintetiza el espíritu hispanófilo representado por Peña Batlle y otros escritores, queda recogida en la obra de Ramón Marrero Arísty, *La República Dominicana: origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América*. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1957, 2 vols.

<sup>84</sup> Peña Batlle, *op. cit.*, p. 229.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 190.

autoridad..., todas resultados inmediatos de la civilización y de la cultura que trajo España a la isla.<sup>87</sup>

La lucha contra Haití fue el crisol en que se forjó la nación dominicana. En 1844, año de la separación de Haití: "No teníamos conciencia nacional definida";<sup>88</sup> el periodo bélico contra los haitianos fue un catalítico en tal sentido.

A partir de ese momento, el centro de gravedad del pueblo dominicano sería la defensa de su personalidad jurídica, territorial, social (i.e. racial) y cultural frente a Haití. Tanto en el plano intelectual como en el político, para Peña Batlle las figuras cimeras del país serán aquellas empeñadas en validar la "personalidad" dominicana ante el "peligro" haitiano. Las acciones de los anexionistas del siglo pasado son justificadas en la medida en que "trataron de asegurar la conquista cultural que envolvió la separación de Haití mediante el contacto efectivo de nuestra cultura con la de otra nación europea, preferentemente España".<sup>89</sup>

Hasta Trujillo se ganó la admiración y el apoyo de Peña Batlle gracias a su política de "dominicanización", patentes en los esfuerzos del dictador por trazar definitivamente la frontera con Haití. De hecho, Peña Batlle jugó un papel destacado en las negociaciones en torno a la línea divisoria entre ambos países; dentro de su producción intelectual el tema de la frontera ocupó un lugar prominente.<sup>90</sup> Bajo el régimen trujillista, declara Peña Batlle en el año 1945, "hemos hecho conquistas imponderables", sobre todo conservar "la característica hispana de la nacionalidad".<sup>91</sup> Las "desgracias" que históricamente habían aquejado al pueblo dominicano y que habían impedido

---

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 230.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 192 y 194.

<sup>90</sup> *Ibid.*, pp. 335-48; y *La frontera de la República Dominicana con Haití*. Ciudad Trujillo, Editorial La Nación, 1946; Bernardo Vega, *Trujillo y Haití: 1930-1937*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1988; y José Israel Cuello (compilador), *Documentos del conflicto dominico-haitiano de 1937*. Santo Domingo, Taller, 1985.

<sup>91</sup> Peña Batlle, *Ensayos históricos*, pp. 369-70.

su configuración definitiva, quedaron conjuradas -opina- bajo el gobierno de Trujillo. Fue bajo su régimen de fuerza que la República Dominicana pudo enfrentarse efectivamente al Estado haitiano.

En efecto, dos de los pilares ideológicos del régimen fueron el antihaitianismo y su contraparte, una hispanofilia acendrada. Este "nacionalismo reaccionario y agresivo" -en palabras del historiador Roberto Cassá<sup>92</sup>-, fue acompañado por una propaganda mesiánica que presentaba al dictador como reivindicador de la nacionalidad dominicana ante las pretensiones expansionistas de Haití. Debido a su obsesión con el "problema haitiano", en su apología a Trujillo, Peña Batlle llega a justificar los elementos más ominosos de la política del dictador. Así, la horrible matanza de haitianos realizada en las zonas fronterizas en 1937 es presentada como un acontecimiento de primer orden en la defensa de la nacionalidad dominicana. Este hecho fue una de las "conquistas imponderables" realizadas por el gobierno trujillista. Esto fue así porque Trujillo comprendió que el "trazado matemático" de la línea divisoria apenas era uno de los aspectos -según Peña Batlle, el menos complejo- del problema fronterizo. El que Peña Batlle consideraba que era el aspecto fundamental de tal cuestión -el asentamiento de haitianos en territorio dominicano- fue enfrentado con "la poda",<sup>93</sup> como se denominó popularmente a la masacre del 37.

Recordemos: este incidente ocurrió en los años del ascenso del fascismo en Europa y en la vorágine de la Guerra Civil Española. En fin, eran los años cuando, en nombre de la pureza de la "nación" -definida desde el poder a partir de una serie de características fijas y excluyentes- se cometían los crímenes más atroces. En la República Dominicana, como en otros países de América, se dejó sentir la influencia del fascismo y de las doctrinas que en Europa propugnaban por la depuración de

---

<sup>92</sup> Cassá, *Capitalismo y dictadura*, p. 765.

<sup>93</sup> Cuello, *op. cit.*, pp. 499-503. Sobre la matanza: Vega, *op. cit.*, pp. 271-412; y las novelas-testimonio: Lespes, *op. cit.*; y Freddy Prestol Castillo, *El Masacre se pasa a pie*. 5ta. ed., Santo Domingo, Taller, 1982.

aquellos elementos considerados ajenos a la "esencia" nacional, y que, de alguna manera, se entendía que debilitaban a la nación.<sup>94</sup>

Aunque de claro corte racista, el discurso nacional de Peña Batlle posee una tónica culturalista e historicista. El mismo se articula alrededor de las divergencias culturales e históricas entre Haití y Santo Domingo, y cómo éstas fueron moldeando el espíritu nacional en el segundo. Su visión de la nación, por otro lado, es idealista, casi mística; recordemos su uso del término "consustanciación", de obvia raigambre religiosa. A diferencia de Sánchez Valverde, cuyo proyecto partía de un programa económico claramente definido, o de Bonó, atento tanto a las bases materiales de la nación como a su fundamento político-administrativo, Peña Batlle ve la nacionalidad primordialmente a partir de su sustrato cultural, religioso e institucional. Para él, el fortalecimiento del Estado dominicano -logrado, sobre todo durante el trujillato-, al igual que la ampliación de las bases materiales de la República, eran medios para preservar tal legado.

### **Antropología, demografismo y discurso racial**

La visión de Peña Battle, aunque muy influyente, no constituyó la única interpretación sobre la formación de la nación dominicana que floreció durante el trujillato. En otros autores predomina un discurso fundado en las modalidades más reaccionarias de la antropología física y de la demografía, de clara raíz maltusiana; los nódulos de este discurso son la "raza" y el color. Entre las obras de este corte hay que destacar *La isla al revés*, de Joaquín Balaguer.<sup>95</sup> Como han destacado

---

<sup>94</sup> Sobre el particular: Bernardo Vega, *Nazismo, fascismo y falangismo en la República Dominicana*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1985.

<sup>95</sup> Esta obra fue publicada originalmente, en 1947, con el título de *La realidad dominicana*. Sobre el particular: Cassá *et. al.*, *Cuestión nacional en la República Dominicana*, p. 108, n. 70; y Roberto Cassá, *Los doce años: contrarrevolución y desarrollismo*. Santo Domingo, Alfa & Omega, 1986, pp. 394-416.

Meindert Fennema y Troetje Loewenthal, en este autor hay una sinonimia entre raza (definida fenotípicamente) y nación.<sup>96</sup> Lo distintivo de la nacionalidad dominicana, en tal sentido, es su "fisonomía española"; Haití, por el contrario, se distingue por su población negra (que en última instancia se ve como un elemento de "africanización").

A tono con este punto de partida, para Balaguer la cultura es un derivado de la raza. Por ejemplo, el predominio del vodú y de las prácticas mágico-religiosas en Haití son "un producto de la raza": la biología determina la sociedad. El "fondo supersticioso" entre los dominicanos se explica, igualmente, por "la presencia en nuestra sangre de rasgos característicos del primitivismo de la raza africana". Agraciadamente, arguye este autor, la "influencia africana" en la cultura dominicana "ha sido casi imperceptible" en comparación con Haití. Por lo tanto, "nuestra tradición cultural conserva el sello de nuestro origen hispano".<sup>97</sup>

Hay varios estudios recientes sobre *La isla al revés*, a los que debo mucho. Entre ellos: Carlos Dore Cabral, "La inmigración haitiana y el componente racista de la cultura dominicana: apuntes para una crítica de *La isla al revés*", *Ciencia y Sociedad*, X, núm. 1, 1985, pp. 61-70; Meindert Fennema y Troetje Loewenthal, *La construcción de raza y nación en la República Dominicana*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1987; y Jesús M. Zaglul, "Una identificación nacional 'defensiva': el antihaitianismo nacionalista de Joaquín Balaguer. Una lectura de *La isla al revés*", *Estudios Sociales*, XXV, núm. 87, 1992, pp. 29-65.

<sup>96</sup> Fennema y Loewenthal, *op. cit.*

<sup>97</sup> Balaguer, *op. cit.*, pp. 206-12. La exaltación de lo hispánico en la cultura dominicana ha sido tema predominante en la obra de otros escritores; ver como ejemplo: Carlos Dobal, "Herencia española en la cultura dominicana de hoy", en *Ensayos sobre cultura dominicana*, pp. 61-104.

Una de las vertientes del discurso racial dominicano, es el uso del término "indio" -una práctica que se preconizaba en la obra de Sánchez Valverde- para referirse a la población mulata. Sobre el particular, ha dicho un estudioso del pasado indígena: "La mayor y más frecuente presencia de nuestro indio, en nuestra cultura contemporánea, es donde

En todo caso, la influencia "africana" sobre la cultura y la sociedad dominicana -influencia proveniente de Haití- es totalmente perniciosa. Por lo tanto, concluye Balaguer: "La República [Dominicana], para poder subsistir como nación española, necesita afianzar las diferencias *somáticas* que la separan de Haití".<sup>98</sup> Este propósito, no obstante, se ha visto impedido por la supuesta "invasión pacífica" realizada por los haitianos en territorio dominicano. Según Balaguer, fracasados los intentos de recuperar el control total de la isla, los gobiernos haitianos optaron por "adueñarse paulatinamente de zonas enteras del territorio fronterizo". Esta estrategia se habría ejecutado a través del establecimiento de "grandes núcleos de familias del país vecino" en territorio dominicano. Balaguer considera un agravante que estas familias perteneciesen "a las clases de más bajas condiciones sociales".<sup>99</sup>

El "imperialismo haitiano" es más peligroso en la actualidad que en el pasado -continúa Balaguer- "por razones de carácter biológico". La alta densidad de la población de Haití, resultado de una multiplicación "con rapidez casi semejante a la de las especies vegetales", propende hacia la emigración. Para él, es ésta la raíz de las migraciones de haitianos hacia la República Dominicana. Aunque menciona otros factores -como la demanda de mano de obra por la industria azucarera dominicana e, inclusive, el deterioro de la economía haitiana-, en el fondo su interpretación es biologista.<sup>100</sup> Esta noción

---

no existe. Nuestro curioso sistema de valores culturales nos ha obligado a crearnos..., un espejismo, a utilizar un sofisma, para tratar de ocultar un prejuicio nacional. Una gran proporción de nuestra población exige que se le tipifique como 'indios' o 'indias', en vez de mulatos, o mulatas, cuando de genes de indios no tienen nada." Bernardo Vega, "La herencia indígena en la cultura dominicana de hoy", en *Ensayos sobre cultura dominicana*, pp. 52-3.

<sup>98</sup> Balaguer, *op. cit.*, p. 96; énfasis mío.

<sup>99</sup> *Ibid.*, pp. 31-3.

<sup>100</sup> *Ibid.*, pp. 35-6; Fennema y Loewenthal, *op. cit.*, pp. 39-41; y Zaglul, *op. cit.*, pp. 38-48.

refuerza la percepción del pueblo haitiano como uno totalmente primitivo. ¡Hasta sus patrones reproductivos -similares a los de las plantas- caen fuera del ámbito de lo humano! Estos emigrantes contribuyen a aumentar la población negra del país y "a corromper su fisonomía étnica".<sup>101</sup> Dado que Balaguer identifica raza y nación, esto es indicio de un proceso de "desnacionalización". Aparejada a la "decadencia étnica" -que para él equivale a una degradación física- ocurre, por el contacto con los haitianos, un relajamiento de "nuestras costumbres públicas", el que produce una serie de males nacionales.<sup>102</sup>

La interpretación balaguerista del crecimiento de la población en Haití y de las migraciones a la República Dominicana pretende cubrirse con un manto científico.<sup>103</sup> En efecto, el autor intenta fundamentar su argumento en lo que Arcadio Díaz Quiñones ha llamado -refiriéndose al escritor

Hay una buena cantidad de obras que examinan diversos aspectos de las migraciones haitianas a la República Dominicana. Ver, entre otras: Maríñez, *Relaciones dominico-haitianas*; del Castillo, "La inmigración de braceros azucareros"; Andrés Corten *et. al.*, *Azúcar y política en la República Dominicana*. 3ra. ed., Santo Domingo, Taller, 1981; Maurice Lemoine, *Azúcar amargo*. 2da. ed., Santo Domingo, CEPAE, 1987; Suzy Castor, *Migración y relaciones internacionales (El caso haitiano-dominicano)*. Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1987; José Manuel Madruga, *Azúcar y haitianos en la República Dominicana*. Santo Domingo, Ediciones MSC, 1986; Franc Báez Evertsz, *Braceros haitianos en la República Dominicana*. 2da. ed., Santo Domingo, Taller, 1986; Frank Moya Pons *et. al.*, *El batey: estudio socioeconómico de los bateyes del Consejo Estatal del Azúcar*. Santo Domingo, Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1986; y Rafael E. Yunén, *La isla como es: hipótesis para su comprobación*. Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1985.

<sup>101</sup> Balaguer, *op. cit.*, p. 41.

<sup>102</sup> *Ibid.*, pp. 45 y 48-53.

<sup>103</sup> Sobre el particular: Dore Cabral, *op. cit.*; y Fennema y Loewenthal, *op. cit.*

puertorriqueño Tomás Blanco-"un lenguaje estadístico".<sup>104</sup> Su propósito es mostrar el "caudaloso" crecimiento de la población que debe ocurrir en Haití, ya que en este país "el acto biológico de la generación" no encuentra las "trabas propias de un estado de civilización avanzada".<sup>105</sup> En varios pasajes de su obra, Balaguer vincula la alta natalidad en Haití con su "primitivismo" económico, social y cultural. Para él, este término es sinónimo de "costumbres bárbaras", "promiscuidad sexual" y "uniones incestuosas", prácticas opuestas a la "familia de tipo cristiano".<sup>106</sup>

A tono con la preeminencia que brinda al factor racial en la formación de ambos países, Balaguer intenta reconstruir la historia de la población dominicana con el fin de demostrar sus tesis principales: la blancura fundamental del pueblo dominicano y la influencia haitiana en su "corrupción étnica".<sup>107</sup> Para el autor, luego del breve periodo de esplendor en el siglo XVI, la era colonial se caracterizó por un largo proceso de despoblación. Esta tendencia comenzó a cambiar, según las cifras que ofrece, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Sin embargo, con la cesión de Santo Domingo a Francia a fines de ese siglo y, luego, como resultado de la Revolución Haitiana y su secuela, la población dominicana disminuyó dramáticamente.<sup>108</sup> Esta frágil base demográfica -arguye

---

<sup>104</sup> Arcadio Díaz Quiñones, "Tomás Blanco: racismo, historia, esclavitud", estudio preliminar a: Tomás Blanco, *El prejuicio racial en Puerto Rico*. 3ra. ed., Río Piedras, Huracán, 1985, pp. 38-9.

<sup>105</sup> Balaguer, *op. cit.*, p. 36.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>107</sup> Dore Cabral, *op. cit.*, Zaglul, *op. cit.*, y Fennema y Loewenthal, *op. cit.*

<sup>108</sup> *Ibid.*, pp. 103-4. Aún está por escribirse la historia demográfica de la República Dominicana. Sin embargo, uno de los argumentos favoritos de la historiografía tradicional dominicana es la supuesta crisis demográfica causada por la Revolución Haitiana, tanto por las matanzas como por las emigraciones. Sin negar que se dieron ambas cosas, hay que ser más cuidadoso con tales apreciaciones. Por ejemplo, un estudio reciente pone en duda que las emigraciones a Cuba fuesen tan numerosas como se ha supuesto hasta ahora. Ver: Carlos Esteban Deive, *Las emigraciones dominicanas a Cuba (1795-1808)*. Santo Domingo,

Balaguer- favoreció al "imperialismo haitiano". El siglo XIX representó, de acuerdo a él, el nadir de la población dominicana.<sup>109</sup> Esta opinión, sin embargo, es contradicha por las cifras ofrecidas por el autor mismo, las cuales muestran una recuperación a partir de entonces -a pesar de las invasiones, la Dominación Haitiana y las guerras-.<sup>110</sup>

La reconstrucción de la historia demográfica dominicana realizada en esta obra conlleva, ante todo, una mistificación de la composición racial del país. Balaguer se empeña en demostrar que Santo Domingo, luego de la extinción de la "raza indígena", fue asiento de la "raza *espiritualmente* más selecta y *físicamente* más homogénea del continente americano". Evidentemente, para Balaguer, existe una sinonimia entre la excelencia "espiritual" y la "física", representada -según su criterio- por la "raza" blanca. En efecto, de acuerdo a él, "la población de la colonia estaba formada por la flor de las familias que habían emigrado a América". Obviando todo un historial de comercio esclavista desde el siglo XVI, considera que fue la cesión de Santo Domingo a Francia -ocurrida a fines del siglo XVIII- lo que abrió las puertas para que la parte española de la isla se llenase de esclavos africanos. La emigración en masa del "núcleo más escogido de la población dominicana", el desinterés de España por los asuntos de la colonia y la

Fundación Cultural Dominicana, 1989. Entre los pocos estudios sobre la historia demográfica se encuentran: Frank Moya Pons, "Nuevas consideraciones sobre la historia de la población dominicana: curvas, tasas y problemas", *Eme-Eme: Estudios Dominicanos*, vol. III, núm. 15, 1974, pp. 3-28; y Roberto Marte, *Cuba y la República Dominicana: transición económica en el Caribe del siglo XIX*. Santo Domingo, CENAPEC, s.f., pp. 51-144.

<sup>109</sup> Balaguer, *op. cit.*, p. 104.

<sup>110</sup> Marte, *op. cit.*, p. 57. Hay claros indicios de que la relativa estabilidad del periodo 1822-1844 contribuyó a impulsar la población y la economía dominicanas, sobre todo la de base campesina. Ver: San Miguel, *op. cit.*, y Roberto Marte, *Estadísticas y documentos históricos sobre Santo Domingo (1805-1890)*. Santo Domingo, Museo Nacional de Historia y Geografía, 1984, pp. 1-50.

incapacidad de los gobiernos republicanos contribuyeron a aumentar la "penetración africana".<sup>111</sup>

En su mistificación del pasado, Balaguer emplea un recurso común en otras regiones caribeñas, particularmente en Puerto Rico: la erección del mito del campesino blanco.<sup>112</sup> A partir de una antropología rudimentaria e ideológicamente cargada, Balaguer destaca la existencia de comunidades campesinas "que conservan todos sus rasgos étnicos primitivos [i.e. blancos], debido a que no tuvieron, durante siglos enteros, contacto alguno con descendientes de raza africana". Tal fue el caso, según Balaguer, de numerosas comunidades de la Cordillera Central.<sup>113</sup> No obstante, es el municipio de Baní el que mejor representa el "espíritu dominicano", "la flor de la República". Baní es "la zona menos mezclada del país", donde se preservan "las virtudes de la raza [blanca]", y se conserva "la sencillez de las costumbres patriarcales". Por tales razones, Balaguer desearía hacer "de toda la población dominicana una comunidad como la de Baní".<sup>114</sup>

Su rechazo al elemento negro en la República Dominicana lo lleva a denostar hasta el mestizaje. Aquí, nuevamente, pretende validar sus argumentos recurriendo a la "ciencia". Citando *in extenso* a varios antropólogos, Balaguer arguye que "el cruzamiento...entre dos razas diametralmente opuestas"

---

<sup>111</sup> Balaguer, *op. cit.*, pp. 59-61 y 130; énfasis mío.

<sup>112</sup> Díaz Quiñones, *op. cit.*; Antonio S. Pedreira, "La actualidad del jíbaro" [1935], en Enrique A. Laguerre y Esther M. Melón (eds.), *El jíbaro de Puerto Rico: símbolo y figura*. Sharon, Conn., Troutman Press, 1968, pp. 7-24; y José Luis González, "Literatura e identidad nacional en Puerto Rico", en Angel G. Quintero Rivera *et. al.*, *Puerto Rico: identidad nacional y clases sociales (Coloquio de Princeton)*. Río Piedras, Huracán, 1979, pp. 67-73.

<sup>113</sup> Balaguer, *op. cit.*, p. 188. Esta obra contiene una serie de fotografías de familias campesinas, supuestamente blancas, de la región del Cibao. En ningún momento se establece cómo se determinó la representatividad de dichas familias ni de las comunidades a las que pertenecen.

<sup>114</sup> *Ibid.*, pp. 59-62.



*Repatriación de cortadores de caña haitianos después de terminada la zafra en la República Dominicana (Foto tomada de: Isis Duarte, Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo. Mercado de trabajo rural y ejército de reserva urbano. República Dominicana, CODIA, 1980).*



*Placas mediante las cuales el Departamento de Inmigración de la República Dominicana identificaba a los trabajadores haitianos que entraban al país. Como puede observarse, las placas, aparte del número de identificación, contenían el nombre de la compañía que los contrataba (Cortesía del Dr. Pedro San Miguel, profesor del Departamento de Historia).*

produce resultados nocivos.<sup>115</sup> Aunque no le queda otro remedio que reconocer la amplitud del mestizaje en la República Dominicana -la evidencia de los censos, en esta ocasión, se vuelve en su contra<sup>116</sup>- entiende que éste representa un verdadero peligro. El mestizaje es, a lo sumo, un paliativo en el proceso de absorción de la "raza blanca" por la "raza etiópica".<sup>117</sup>

En la obra de Balaguer, la identidad nacional viene definida en términos de una antropología física que entronca con el pensamiento racista decimonónico. Sus planteamientos son, en este sentido, de un claro anacronismo<sup>118</sup> -aunque en el momento de publicación original de *La isla al revés* lo anacrónico de sus posturas no resultase tan evidente. La argumentación de Balaguer en *La isla al revés* gira en torno a la recuperación de un paraíso perdido: la vuelta al pasado hispánico.<sup>119</sup> Ese pasado se define -al igual que para Peña Batlle- en términos culturales y espirituales; en Balaguer, ambas categorías convergen en la noción de "raza".<sup>120</sup> El proyecto nacional de Balaguer se dirige, entonces, a hacer de la República Dominicana "una nación limpia", que recupere sus "rasgos originarios"<sup>121</sup> -pretendidamente hispánicos-. La homogeneidad racial es, en su visión, una condición necesaria a la existencia de la nación.

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>116</sup> *Ibid.*, p. 96, n. 40.

<sup>117</sup> Para una discusión más amplia sobre la percepción de Balaguer acerca del mestizaje, ver: Zaglul, *op. cit.*, pp. 46-8.

<sup>118</sup> Dore Cabral, *op. cit.*; y Zaglul, *op. cit.*

<sup>119</sup> Al final de su obra, Balaguer propone la creación de una "confederación de ambos pueblos". Esta propuesta, sin embargo, hay que examinarla a la luz del papel jugado por el autor en la vida pública dominicana a partir de la caída de la dictadura de Trujillo (Cassá, *Los doce años*). En otros pasajes de *La isla al revés*, sus sugerencias giran en torno a la contención de los haitianos en sus límites fronterizos y en el fortalecimiento económico y demográfico de la República Dominicana.

<sup>120</sup> Fennema y Loewenthal, *op. cit.*, pp. 47-50; y Zaglul, *op. cit.*

<sup>121</sup> Balaguer, *op. cit.*, pp. 98-9; y Zaglul, *op. cit.*, 52-4.

## Epílogo

"La República Dominicana es una isla rodeada de agua y haitianos por todas partes."

Contestación de un estudiante dominicano en un examen de geografía, citado en: Rafael E. Yunén, *La isla como es*, p. 183.

Son varios los elementos que, de acuerdo a diversos autores, contribuyen al surgimiento de la nación. Aunque dando más énfasis a unos factores que a otros, los estudiosos del fenómeno nacional han destacado, sobre todo: la existencia de un territorio común; las experiencias históricas compartidas; el desarrollo de formas culturales originales -producto de la vida comunitaria y del intercambio con otras sociedades- entre las que se destaca la lengua; y la existencia de unas bases materiales que permitan la supervivencia del grupo, además de garantizar la integración de sus diversos componentes sociales. La interacción de estos diversos factores -con sus particularidades históricas- usualmente desemboca en la creación de un Estado nacional autónomo. En el caso de las nacionalidades sometidas, suelen surgir movimientos encaminados a la constitución de un Estado propio.<sup>122</sup>

Las interpretaciones marxistas tradicionales han considerado que el surgimiento de un mercado interno integrado es un elemento indispensable en la formación de la nación. De acuerdo a esta interpretación, la nación es resultado, ante todo, del desarrollo de las fuerzas productivas. En Europa occidental este proceso se inició, en términos generales, a partir del siglo XVI.<sup>123</sup> Sin embargo, esta interpretación, por válida que sea para Europa, es insuficiente para explicar las complejas

<sup>122</sup> Ver: Cassá, *et. al.*, *op. cit.*, pp. 7-20; y Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica, 1980, pp. 161-200.

<sup>123</sup> Vilar, *op. cit.*, pp. 161-65.

entidades histórico-culturales de otras partes del planeta. ¿Qué decir, por ejemplo, de Estados modernos -como los países de la región andina- donde coexisten diversas formaciones culturales? ¿Es la nación, como categoría histórica, una creación -económica, política, ideológica- de la burguesía exclusivamente? ¿Cómo valorar las percepciones de lo nacional que surgen entre los sectores subordinados -en ocasiones ajenos a las estructuras oficiales y desvinculados de las corrientes económicas y culturales dominantes?<sup>124</sup> ¿Qué relación existe entre las percepciones del colectivo nacional que se desarrollan entre los sectores económica y culturalmente hegemónicos, por un lado, y los sectores dominados?

Por supuesto, casi todas las sociedades son cultural y étnicamente heterogéneas; en fin, lo nacional no es un bloque uniforme. Pero a pesar de esta diversidad -que en ocasiones se reconoce abiertamente y, en pocas, hasta se alienta- suele existir un consenso implícito sobre lo que es propio a la nación y lo que le es ajeno. En consecuencia, la definición de la nación como ente específico tiende a hacerse en contraposición a un "otro". Ese "otro" -lejano o cercano, conocido o desconocido, como ha señalado Todorov- delimita el "nosotros".<sup>125</sup> Las imágenes que se crean y recrean de ese "otro" variarán de acuerdo a numerosos factores. Así, para la población dominicana del siglo XVIII -sobre todo, para sus grupos dominantes- la población negra de Haití, lejos de presentar una amenaza, representaba las posibilidades de un nuevo orden económico. La Revolución Haitiana mostraría a esos sectores la otra faz del esclavo. La ocupación de Santo Domingo por los

---

<sup>124</sup> Estas cuestiones son abordadas, con mayor rigurosidad, en Heraclio Bonilla, "The Indian Peasantry and 'Peru' during the War with Chile" en Steve Stern (ed.), *Resistance, Rebellion, and Consciousness in the Andean Peasant World: 18th to 20th Centuries*. Madison, University of Wisconsin Press, 1987, pp. 219-31; Florencia E. Mallon, "Nationalist and Antistate Coalitions in the War of the Pacific: Junín and Cajamarca, 1879-1902", en Stern (ed.), *op. cit.*, pp. 232-79; y José Luis Rénique, *Los sueños de la sierra: Cusco en el siglo XX*. Lima, Centro Peruano de Estudios Sociales, 1991.

<sup>125</sup> Todorov, *op. cit.*, p. 13.

ejércitos de libertos y la Dominación Haitiana reforzarían la imagen del haitiano "sanguinario", "invasor" y "primitivo". En fin, del siglo XVIII al XIX ocurre una inversión en la imagen del "otro"; de hecho, entonces el haitiano se convierte en el "otro" por antonomasia.

Pero, ¿cuán extendida estaba esta percepción en el siglo pasado? Esta es una pregunta difícil de contestar cabalmente. Sin embargo, hay indicios de que entre algunos sectores de la población dominicana, Haití proyectaba una imagen menos feroz. La visión de Bonó, aunque crítica respecto a las políticas del Estado y de los gobernantes haitianos, así lo sugiere. ¿Provenía esta visión de Bonó de su cercanía ideológica a los sectores populares de la República Dominicana como sugieren los trabajos de Raymundo González? De ser así, sus escritos formarían parte de las "corrientes literarias heterogéneas" de América -es decir, textos que, aunque inmersos en la cultura dominante, expresan visiones alternas del mundo y la sociedad. Según Martin Lienhard, una de las fuentes de estas visiones alternas es la cultura popular, en especial la de los grupos marginados por razones étnico-raciales.<sup>126</sup> Así, mientras las acciones de los grupos hegemónicos mostraban una xenofobia anti-haitiana, Bonó señalaba rasgos de la relación con Haití que habían contribuido al surgimiento de la nacionalidad dominicana.

Pero la percepción de Bonó fue asfixiada por los acontecimientos en el siglo XX. El "problema fronterizo" y la importación masiva de braceros haitianos para la industria azucarera adquirieron relevancia en el presente siglo. Aunque reflejando procesos históricos y realidades socio-culturales en extremo complejas, varios autores interpretaron ambos fenómenos a la luz de la tesis de la "invasión pacífica". Con este término se pretende evocar las conflictivas relaciones entre Santo Domingo y Haití durante el periodo colonial. Igualmente, se establece un nexo entre los procesos migratorios y las ocupaciones -políticamente determinadas- del siglo

---

<sup>126</sup> Martin Lienhard, *La voz y su huella: escritura y conflicto étnico-social en América Latina (1492-1988)*. La Habana, Casa de las Américas, 1990.

pasado. En consecuencia, se interpreta la presencia haitiana haciendo abstracción de las nuevas condiciones históricas que, en el presente siglo, han motivado una masiva emigración hacia el territorio dominicano. Además, la presencia haitiana es vista como un elemento desnacionalizante; el haitiano es el "otro" que se incrusta amenazante en la nación. Al identificar a la nación con lo hispánico -término que adquiere un contenido cultural y racial- por extensión, todo "lo negro", identificado con Haití, se convierte en anti-nacional. Es decir, de la puntualización de las diferencias, se pasa a la "enemización" de lo haitiano -para emplear la apropiada conceptualización de Zaglul.<sup>127</sup> Durante la dictadura trujillista, que coincidió con la ascensión del fascismo en Europa, el anti-haitianismo adquirió rango de razón de Estado. Así, como parte de la política de "dominicanización de la frontera", en 1937 se realizó una dantesca masacre en la que fueron asesinados miles de haitianos.

Las construcciones de lo nacional en Peña Batlle y en Balaguer están a tono con estas percepciones. En ambos, hay una concepción de la nación basada en una serie de atributos fijos; así, la nación dominicana viene a caracterizarse por un pretendido legado cultural y étnico-racial hispánico. Sus proyectos de afirmación nacional vienen definidos por un rescate de ese pasado, adulterado por la presencia negra. Al menospreciar la presencia negra, indirectamente se rechaza el decisivo aporte de los sectores populares en la formación de la nación. Después de todo la base de la nación debían ser las "familias espiritualmente selectas y físicamente homogéneas" para emplear los términos de Balaguer. Su utopía nacional, además de abiertamente racista, es francamente elitista.

Pero, ¿qué relación guardan las interpretaciones de los letrados al servicio del Estado -lo que Gramsci llamó "intelectuales orgánicos"-<sup>128</sup> con las percepciones populares? En particular, ¿son los prejuicios anti-haitianos entre los sectores populares un mero reflejo de la ideología de las clases

<sup>127</sup> Zaglul, *op. cit.*, pp. 35-9.

<sup>128</sup> Hugues Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1973.

dominantes, instilado en las masas desde el Estado? No hay duda de que durante el trujillato el anti-haitianismo y el racismo se fortalecieron debido a su adopción como doctrina estatal. Sin embargo, los sectores populares han desarrollado su propia visión del "otro" haitiano.<sup>129</sup> Esta versión -menos articulada que la edición letrada- constituye un formidable escollo al surgimiento de un proyecto nacional que contemple una relación cualitativamente distinta con el pueblo haitiano. Esto sin contar con los prejuicios anti-dominicanos existentes en Haití.

Para ambos pueblos, este es un dilema mayúsculo. Las realidades del presente apuntan, de hecho, hacia una agudización del "problema nacional" y de la cuestión de la identidad en la Isla Española. Por un lado, las corrientes migratorias, lejos de disminuir, han aumentado a partir de la década de 1960; efectivamente, hoy, más que nunca antes, la República Dominicana parece estar "rodeada de haitianos por todas partes". Su presencia, lejos de circunscribirse a los bateyes azucareros, se ha extendido a diversas actividades económicas, tanto en el campo como en la ciudad. Por el otro, la realidad social, económica, política y cultural se ha tornado mucho más compleja en ambos países. La inestabilidad económica; la evidente crisis ecológica en la isla -más patente en Haití, aunque con efectos directos sobre el lado dominicano-; el vigoroso crecimiento demográfico a ambos lados de la frontera, típico de países subdesarrollados; la migración de haitianos y dominicanos en búsqueda de mejores oportunidades de vida - los primeros, sobre todo hacia la República Dominicana, los segundos especialmente a Estados Unidos y Puerto Rico-; y la búsqueda de sistemas políticos más representativos y democráticos, son algunos de los factores que actualmente inciden sobre las relaciones entre los dos pueblos.

A partir de ellos, pero también de las "máscaras" previas, habrán de forjarse nuevas visiones sobre el "otro" haitiano.

---

<sup>129</sup> Ver: Walter Cordero, "El tema negro y la discriminación racial en la República Dominicana", *Ciencia*, vol. 2, núm. 2 1975, pp. 151-62; y Carlos Esteban Deive, "El prejuicio racial en el folklore dominicano", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, núm. 8, 1977, pp. 75-96.

¿Cuál será el contenido específico de estas visiones? ¿Propenderán -como en alguna medida quiso Bonó- hacia la cooperación e, inclusive, hacia algún tipo de integración? ¿O alentarán, por el contrario, el recrudecimiento de las antiguas fobias y rivalidades? El actual contexto internacional, en el cual han resurgido reclamos nacionales que permanecieron adormecidos por largos años, así tienden a indicarlo. Europa oriental y lo que hasta hace poco fue la Unión Soviética, no son sino los ejemplos más conspicuos de este fenómeno. En efecto, los regímenes socialistas de Europa no fueron capaces de resolver adecuadamente el "problema nacional": con frecuencia, las alternativas fueron meros remedos formales, incapaces de satisfacer las legítimas ansias de autonomía de las nacionalidades. Por su parte, en los países capitalistas altamente desarrollados, la misma prosperidad de sus economías ha incitado a la migración desde la periferia subdesarrollada. En Europa occidental y en los Estados Unidos la creciente presencia de los "otros" -tercermundistas en su mayoría- ya ha provocado reacciones defensivas y, entre algunos sectores al menos, una vuelta a la xenofobia.

En definitiva, las utopías nacionales de fines del siglo XX parecen privilegiar la homogeneidad ante la diversidad. Pero, es posible otro tipo de utopía? Dice Todorov que se puede "descubrir a los otros en uno mismo".<sup>130</sup> Me imagino que también es posible descubrirse a uno mismo en los otros. ¿Residirá en este doble reconocimiento la posibilidad de construir una nueva utopía y una nueva identidad?

---

<sup>130</sup> Todorov, *op. cit.*, p. 13.